CUESTA ABAJO

COMEDIA DRAMÁTICA

EN CINCO ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el GRAN TEATRO el 22 de Enero de 1906

A la Sociedad

Centro Gallego

de Madrid

Emilia Pardo Bazán.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA VIUDA DE CASTRO REAL	Sra. Tubau.
GERARDA, segunda mujer del Conde de Castro Real	Martínez.
CELINA DE CASTRO, hija del Conde de Castro Real	Cobeña.
MANUELA, doncella	Valls.
LA MARQUESA DE CASTEL QUEMADO	Estrada.
LA SABIDORA	París.
LA COLOMBE	N. N.
BABY, niño (no habla)	N. N.
EL CONDE DE CASTRO REAL	Sr. Villagómez.
JAVIER DE CASTRO, su hijo	Allens-Perkins.
DON VENANCIO, capellán	Sánchez-Bort.
RAMÍREZ DUARTE	Miralles.
CAÑAMERO	Gimbernato.
MURVIEDRO	Villanova.
GORITO CETINA	Monteagudo.
GERMÁN, ayuda de cámara	Molinero.
RAMIRO, arriero	Agudín.
JULIO AMBAS CASTILLAS	N. N.
MANOLO LANZAFUERTE	N. N.
ALONSO ALTACRUZ	N. N.

Los cuatro primeros actos, en Madrid. El quinto, en los Pazos de Castro Real, de Galicia

---

Advertencias importantes de la autora. — Si se juzgase oportuno por razones de brevedad ó de conveniencia, el cuarto acto de esta obra puede suprimirse en la representación.

Los renglones entre asteriscos pueden suprimirse también.

ACTO PRIMERO

La decoración representa una sala amueblada al estilo, ya anticuado, de la época de Isabel II. Suntuosidad amazacotada, sin buen gusto ni coquetería. Sofá y sillas de talla dorada; consolas; costurero; escritorio; retratos más antiguos que el mobiliario, algunos de casacón. Al fondo, una puerta cubierta con un cortinaje de damasco rojo, corresponde al oratorio; las cortinas, al descorrerse, dejan ver el altar. A la derecha, dos puertas: una que comunica con la escalera interior de la casa; otra que da acceso á las habitaciones de la Condesa viuda. A la izquierda un balcón y otra puerta. Al principiar el acto, sobre las mesas arden luces en candelabros, además de la lámpara eléctrica del centro. Empieza á amanecer, y al terminar el acto es completamente de día. Derecha é izquierda, las del espectador.

ESCENA PRIMERA

MANUELA y GERMAN

GERM. (Apagando las luces y abriendo el balcón, por el cual entra débil claridad.) Lo que es esta noche, pa mí que la vieja no viene.

MAN. ¡Me has sacado de una duda! Como que está empezando á clarear.

GERM. Y por mí, mas que no viniese nunca...

MAN. No entiendo yo qué te estorba.

GERM. ¡Anda, salero! Pues como reparona y entrometida... ni encargada. Antes sirvo al demo-

nio que á ella. Bueno es que no se le parecen los señores, que si no...

MAN. Cada amo tiene su genio... pero la señora es muy buena, ¿lo oyes? No la conoces tú ni de vista.

GERM. ¿Que no la conozco? ¡Ojalá! Siempre que tuvo la comodidaz de venir, me la endosaron.

MAN. ¡Sí; y de tanto trabajar reventabas! ¡Si no nos manda casi! ¡Si se lo hace ella todo! Yo le tengo ley á la señora. En sus Pazos de Castro Real nací, allí me crié, allí serví cuando mocita... Por cierto que entonces estaba la señora más hermosa que una imagen.

GERM. Pues habrá llovido desde la fecha. No pensé que fueses tocino tan rancio, Marusa.

MAN. ¡Bigardón! No hace falta ser rancio, para recordar guapa á la señora, que aun hoy, si me apuras, digo que le pone á su nuera la ceniza en la frente. Y á su nieta, ¡y á su nieta lo mismo!

GERM. Ríete de las abuelas guapas y de los peces de colores... En haciendo treinta años que os peinais...

MAN. (Señalando á la calva de Germán.) Por eso tú has acordado no usar peine.

GERM. Los hombres nunca somos viejos.

MAN. Os lo créeis y tan campantes. (Pausa corta, durante la cual arreglarán algo en las mesas ó en los demás muebles.) Germán, tú que tienes tanta malicia... (Bajando la voz.) ¿no malicias á qué viene la señora?... Porque no se contaba con ella.

GERM. (Bajando la voz también.) Habrá tenido soplo de lo que pasa aquí.

MAN. ¿Y qué pasa, para que lo digas tan hinchado?

GERM. ¿Que qué pasa? ¡Infeliz! ¡Cómo se ve que no tienes mundo! Pasa que esto se lo lleva el mismo diablo. ¡Malicia! Experiencia, hija, y

costumbre de tratar con grandes señores, que es la gente que se trae más líos...

MAN. Pues mi señora de Castro Real gran señora es, y ningún lio se trae ni se ha traído nunca..

GERM. Porque está anticuada, lo mismo que esta sala que se empeña en conservar así, como en sus tiempos. Si fuese una señora al estilo moderno, la gustaría la trapisonda... ¡Vaya si la gustaría!

MAN. Pimiento picante habría que refregarte en esa lengua. ¿Qué trapisondas tienen las demás señoras de esta casa? Y eso que la señorita Gerarda... la señora Condesa... vamos, tan guapa como es, y tan poco caso como su marido le hace...

GERM. Al señor Conde le agrada otro género, ¿entiendes? Género... averiado.

MAN. (Riendo á pesar suyo.) Calla, maldito. Si te oyen...

GERM. *Lo sentiría. No tengo ganas de irme, por *ahora... hasta ver en qué para el belén. Se *está mejor en estas casas de rumbo, mien*tras no pegan el estallido, que en otras *donde el ama cuenta los garbanzos y pesa *el azúcar.

MAN. *¡Bonita experiencia la tuya! No has ido *sino adonde se aprende. (Hace ademán de *agarrar.)*

GERM. ¡Stt! El señor.

ESCENA II

DICHOS y el CONDE DE CASTRO REAL

CONDE (Viste de sociedad.) ¿Lo tenéis todo corriente? Al llegar la señora, el chocolate en seguida.

MAN. (Con cierta familiaridad.) Mucho tarda, señor.

CONDE Han telefoneado de la estación. El tren viene con retraso.

GERM. Descuide vuecencia, todo estará listo.

CONDE ¿Vela el jefe?

MAN. No hace falta, señor Conde. Mejor que el cocinero sé cómo hay que hacerle el chocolate á mi señora... digo, á la madre del señor... ¡Se lo tengo hecho tantas veces en Castro Reall

GERM. ¿Y anda algo más vuecencia?

CONDE Tú puedes bajar; recogerás el equipaje... Tú, Manolita... dile á la señora que me haga el favor de subir.

MAN. ¿Y si la señora estuviese durmiendo?

CONDE (Titubea un momento; al cabo se decide.) La despiertas. (Vanse Manucla y Germán.)

ESCENA III

EL CONDE, después GERARDA

CONDE Esta venida de mi madre... ¿Sospechará el estado de mis asuntos? ¿Algún mal intencionado?... No.. ¿Quién iba á tener esa ocurrencia? Ella vive allá, tan fuera del movimiento, que nadie se acuerda de que existe... ¿Tal vez Gerarda? ¡Bah! ¿Para qué? ¡Quién sabe! Las mujeres, con sus nervios y sus caprichos... (Pausa.) Viene en mala hora. Me coge con el agua al cuello. Ella, que no se hace cargo de ciertas cosas, que tiene un candor gótico. Y vendrá... sencillamente á abrazarnos. De todos modos, cae mal. (Pausa.) *Yo reconozco sus méritos... No puedo que*jarme de mi madre; me ha entregado mi *herencia íntegra, sin reservarse nada... *¡Pero ni me entiende, ni la entiendo!* Si me hubiese quedado cerca de ella, en nuestro solar, qué diferente mi suerte... ¡Bah! ¡Quién piensa en eso! Mala ó buena, cada cual tiene que vivir su vida, la suya, no la de otros... (Entra Gerarda. Viste un «deshabillé» cle-

gante: trae el pelo recogido al descuido, graciosamente: calza chapines de raso, muy finos, y media de seda. Evidente mal humor y enojo.)

GER. ¿Hay fuego? ¿Te parece que es divertido? ¡Cansada de esperar me acuesto, y apenas cierro los ojos, salte usted de la cama, y que se le arme la primer jaqueca, y querrás que haga los honores del almuerzo á los convidados!

CONDE Perdona, hija; te molesto... por necesidad. Tú, al menos, te acostaste, yo no; desde el Casino, aquí... Ni tiempo para cambiar de ropa.

GER. Será por tu gusto.

CONDE Te engañas. ¡Era preciso, bien lo sabes! Y el caso es que no logré mi objeto; ni he visto á Duarte, ni á su adlatere Cañamero; no asomaron por allí. ¿Pero... tú... le habrás hablado en casa de Gracia Altacruz?

GER. No estaba anoche.

CONDE ¿No le había convidado Gracia?

GER. Sí le había convidado, incluso á comer; pero se excusó. Habría revuelo. Se hablaba de crisis.

CONDE ¿Pues por qué tenía yo necesidad urgente de verle, si no por eso? (Pausa.) La verdad, (Bajando la voz.) ¿anda huído Duarte?

GER. (Con intención.) ¿Huído? ¿Por qué había de andar huído? ¿No viene hoy mismo á almorzar?

CONDE Sí, á almorzar viene... y Cañamero también... Ojalá en este intermedio no haya volado la ocasión esperada... Gerarda, hablemos claro. No vamos á engañarnos tú y yo. Si no consigo pronto noticias muy adelantadas y muy seguras, entérate... estoy perdido.

GER. (Con ironía.) ¿Más aún?

CONDE Déjate de ingeniosidades... Aquí no hay coro que te las celebre. ¿Quieres ayudarme, sí ó no?

GER. Ya que sonó la hora de ser francos, dí hasta qué punto he de ayudarte.

CONDE ¡Gerarda, Gerarda!

GER. ¿Qué, qué? Hacía tiempo... que no gerardeábamos.

CONDE Ya sabes que... por mí... no se ha establecido esta frialdad entre nosotros...

GER. No; la frialdad fué mía: la causa, tuya... Nuestros arrullos poco duraron, hijo... pero, como no soy tórtola, voy resignándome. La vida está en prosa vil... Mi consuelo es el de los tontos, que son los grandes filósofos: mal de muchos... digo, mal de casi todas las mujeres...

CONDE Ya sabes lo que pasa... Es cierto que no he sido lo asiduo que debiera... Distraído con los negocios..

GER.. Ya sé lo que pasa... ya sé cómo negocias.. y lo mucho que tus negocios te absorben. Eso sí; con ellos, te has hecho poderoso...

CONDE Mil veces estuve á pique de conseguirlo... Pero parece que alguien se complace en deshacer mis combinaciones. Y, ahora, precisamente ahora, es el momento decisivo. O caigo ó me levanto. Para levantarme necesito tapar brechas...

GER. Ya es trabajo, ya, abrirlas primero y taparlas después...

CONDE ¿Puedes decir, en conciencia, que las he abierto yo solo?

GER. Hemos seguido tu impulso. Y á lo de las brechas, te ayudaron tus niños. Son un encanto en ese particular. ¡Ah! Te consta que no realizo el tipo de la madrastra de melodrama. Nos llevamos como ángeles los hijastros y yo. Celina se digna consultarme sus moños y cantarme sus romanzas; Javier... hasta me echa flores. Me coloca, en elegancia, á la altura de Lucy Silva, su *flirt* actual. Pero una cosa es que no nos tiremos los platos, cosa de muy mal género, y otra

que no nos conozcamos á fondo. Celina necesita un bonito presupuesto para trapos. Javier fuma oro, derrite oro; es el rey Midas... á la inversa. Todo el oro del mundo lo vuelve ceniza en media hora.

CONDE Hacen... lo que nos ven hacer. Tú no te privar. ¡En fin, no vamos á discutir esto!... ¡No te eches de la parte de afuera, que al cabo unidos estamos, hija, unidos!

GER. A ratos lo olvida uno.

CONDE Pues hay otros en que es indispensable recordarlo.

GER (Altiva.) ¿En qué tono me hablas?

CONDE ¡Dios mío! Gerarda, no te pongas así; mi madre llegará de un momento á otro, y hasta por buen gusto, no quisiera recibirla con una escena conyugal...

GER. ¡Mucho debo yo á tu madre! Como no desciendo de la pierna derecha del Cid, hizo cuanto pudo para que no nos casásemos. Verdad que eso debiera agradecérselo yo.

CONDE Olvidemos agravios.

GER. Tú no tienes agravios míos que olvidar.

CONDE Bien, lo reconozco, soy el culpable yo sólo... Pero, entérate; seremos los dos quienes nos hundiremos juntos.

GER. Tengo mi dote. No apeles á mi interés.

CONDE Convenido, tienes tu dote... Pero los que navegan en un mismo barco, se ahogan juntos cuando hace agua. Vamos á ver.. Gerarda... ¿tú me has querido un poco?

GER. ¡Un poco! Te quise mucho, antes de... ¿A qué evocar lo pasado? Eso ha muerto Ha muerto lo que tú quisiste matar.

CONDE Un poco de transigencia, Gerarda mía... (Con insinuación de cariño.) Comprendo que hice mal... y que has debido alejarte, como te alejaste. Voy á cambiar de vida... Lo verás. Salvémonos primero, y acerquémonos después, ¿no te parece?... Déjame esta esperanza. (La toma las manos.)

GER. (Aparte.) ¿Será cierto? ¿Podrá cambiar? ¿Resucitarán los días de felicidad y amor?

CONDE Sólo necesito un golpe de suerte, como aquel del año pasado, ¿te acuerdas, después de aquella cacería en el coto de Lanzafuerte? Se reunieron allí tres ministros, hablaron delante de mí con entera confianza... Yo madrugué, me vine á Madrid...

GER. (Pasándose la mano por la frente.) Esas rachas, una vez... La Bolsa es traidora... Los dineros del sacristán...

CONDE (Más insinuante.) Si nuestro Duarte quisiese.. salir de su acostumbrada reserva...

GER. (Fríamente, desviándose.) Pues, pregúntale.

CONDE ¡No hagas que no me entiendes! ¡Gerarda, por Dios! Hay preguntas... que no puede dirigir un hombre á otro hombre. ¿Sí ó no, me ayudas; me tienes todavía un poco.. un poco de cariño?

GER (Acercándose otra vez.) Felipe... no sé si lo que me pides es malo ó bueno. Me suena á malo... Sin embargo, accederé, si me prometes solemnemente, ¿lo oyes? que cambiarás, que seremos un verdadero matrimonio. ¡Es hora de que lo seamos! Tengo miedo á la soledad, á lo que sugieren el despecho y el abandono. Tu honor es tuyo; si me arrastras á una indelicadeza, tú responderás.. Pero hay otro depósito, que ese es mi obligación guardarlo... y tenemos un niño, una criatura inocente... *Lo que me has confiado el día de *nuestra boda, quisiera devolvértelo intacto, *como administradora leal..* ¡Felipe, piensa en todo esto!

CONDE Pensado está. Volveremos á ser amigos, Gerarda... y amantes... Por ese niño, por mí, haz lo que te ruego. Duarte, á tí, no te regateará la información. *Acuérdate de que ten*go el agua al cuello. ¡Nada malo te pido! *Habilidad, un poco de diplomacia femeni*na... Averiguar, adelantarse.. Esto lo hacen

*todos cuantos negocian, y á nadie extraña...
Y para nosotros es la salvación.

GER. ¡Felipe! Mira, mira que vuelvo á fiar en tí... Harías mal si me engañases; el sufrimiento mío está agotado. Hay risas muy mentirosas... he reído... por no entregar mi llanto á la burla. Me había casado enamorada, ¿sabes? Como en las novelas... ¡Y después, tú! ..

CONDE (Acariciándola.) En fin, al olvido todo eso... Crei que me detestabas... Aún podemos ser felices... ¿eh, nena?

ESCENA IV

DICHOS, LA CONDESA VIUDA, CELINA, JAVIER, MANUELA, cargada con una balija. GERMÁN, llevando también sacos y maletines. DON VENANCIO, con un saquito de cuero, un gran paraguas y un librote grueso, sujeto con correa de hebilla, parecida á las que cierran los devocionarios

COND.ª (Alegremente.) ¡Bien! ¡Os encuentro como me gusta, como deben estar los matrimonios! Felipe, ¿no hay un abrazo para mí? (El Conde la abraza.)

CEL. Papá, ¿no ves qué guapa viene mamá madrina? Extrañó que no bajases á la estación.

CONDE Perdona, mamá... Ocupaciones imprescindibles.

COND.ª ¿A las seis de la mañana? Como yo no estoy al tanto de vuestras costumbres.. Ahora, á mi nuera. ¿Qué, no quieres abrazarme? ¡Dios te guarde, Gerarda! ¿Has madrugado tanto por mí? ¿Y el pequeñito?

GER. Perfectamente. Ahora dormirá como un santo.

CONDE (A los criados.) Esos bultos, á las habitaciones de la señora. (Los criados entran por la puerta de la derecha, volviendo á salir en seguida. A don Venancio.) Don Venancio, su cuarto está donde estuvo siempre (Señala á la otra puerta,) y pue-

de usted soltar (Sonriendo.) el saquito, el paguas y el breviario.

VEN. ¡Buen breviario te dé Dios! ¡Señor Conde! ¡Esto que llama breviario, es el nobiliario de la casa!

CONDE ¿El nobiliario? ¿Qué nobiliario?

COND.ª Entérate, soso. Un libro que don Venancio ha compuesto con todas nuestras andanzas y genealogías.

CONDE ¡Ah! (Con indiferencia burlona.) Bueno, bueno... Pues deje allá la genealogía y los demás cachivaches... Germán cuidará.

VEN. No, este saquito no lo entrego sino á la señora Condesa.

COND.ª Venga... Neliña, (A Manuela.) llévalo y guárdalo bajo llave en el escritorio, el del gabinete antes de mi alcoba... Supongo que no me lo habrán quitado: ya sabéis que todo lo quiero invariable. (Sale Manuela y vuelve.)

CEL. A nada se ha tocado; aquí se limpia y se arregla, pero no se quita ni se pone. No lo consentiría yo.

COND.ª Así me gusta. A mi edad, todo se desea invariable; y cuando algo cambia, parece de mal agüero. Venid acá... ¡Tenía sed de vuestras caras! No me harto de verlas.

CONDE ¿No sería bueno que trajesen el desayuno? Estarás desfallecida... Manuela, el chocolate.

COND.ª No, Neliña, no; ya te lo pediré á su tiempo, para mí y para el padre capellán. El no puede desayunarse todavía... y no voy á darle envidia.

VEN. Por mí no se moleste.

JAV. Don Venancito, serrano, ¿se acuerda de cuando me llevaba á caballo por las viñas?

VEN. ¡Señorito de mi alma! ¿No he de acordarme? Y cuando usía jugaba á cazar un lobo, y el lobo era yo, y tenía que gritar: ¡ou! ¡ou! á cada paso...

JAV. Apéeme el tratamiento. Hábleme de tú, como entonces.

VEN. (Asustado.) ¿Ahora, señorito? ¿Al primogénito de la casa? ¡No puede ser! Cuando determine de casarse con una gran señora, como le corresponde, y tenga chiquillos, volveré á llevarlos á cuestas á las viñas y les hablaré de tú. Y eso que ahora... no están las piernas como entonces. Pero en cambio, sé muchas cosas que no sabía, porque estudié el archivo y los papeles, y le puedo contar historias viejas. ¡Venga á Castro Real; le enseñaré unas ejecutorias magníficas, que andaban traspapeladas!

JAV. Si me enseña billetes de Banco, voy. ¿Quién piensa en papelotes comidos de las ratas?

CONDE ¿Y se puede saber qué impedimento hay para que don Venancio se desayune también?

COND.a Te diré, hijo mío... Una de esas niñerías que tenemos los viejos. *Mi cuerpo se sostiene, *pero el alma se me va volviendo chiquilla, *y no podéis figuraros las tonterías que se *me ocurren, y cómo disfruto con ellas...* Desde que Javier estuvo tan enfermo, con su pulmonía, y no me avisásteis por no asustarme, y hasta me escribíais que seguía perfectamente, ofrecí una misa á la Virgen de la Ermida, y que la oiríamos juntos el mismo día de mi llegada, aquí en mi oratorio, *con la alegría de vernos sanos, con el *temor de lo que Dios puede disponer de *nosotros...* Y por eso don Venancio no se desayuna... ni tampoco yo. Ya lo sabe usted, don Venancio: acérquese con Nela al oratorio, á ver si está todo en orden.

CEL. Todo lo encontrará usted como si hubiese salido ayer de aquí la madrina. A fuerza de cuidarlos he llegado yo también á tomar cariño á estos muebles, no sé por qué. (Pasan Manuela y don Venancio detrás del cortinaje del oratorio. Don Venancio se descubre.)

COND.a Porque te infunden ideas de algo duradero.

Eso de estar volviéndolo todo patas arriba, es de ricachones improvisados y caprichosos. Mientras un mueble sirve, ¿á qué renovarlo?

CEL. ¡Anda! Pues aquí, desde que tengo uso de razón, y ya ve usted que no hace un siglo, dos ó tres veces se han decorado las habitaciones. Primero nos sedujo María Antonieta, y todo fué blanco y pastoril; ahora nos sentimos prerafaelistas, ó qué sé yo, y nos hemos lanzado al simbolismo... *Mucho de *ninfas acabando en un trapo retorcido, *mucho de sillones con patas de zanahorias, *de jarrones que figuran el llanto de una azu-*cena desgreñada... Y ya ni sé cuales son azu-*cenas, ni cuáles son ninfas ni donde empie-*zan las enaguas, ni donde acaba la flor. ¡Un *lío fenomenal!*

COND.ª A mí que no me hablen de cosas nuevas: es tarde. Cada vez que tengo que desechar algún trasto viejo, siento gran pena; y si, por ejemplo, me faltase don Venancio.. ¡Jesús, qué estoy diciendo! (Ríen ella y Celina.)

GER. Don Venancio es un santo.

COND.ª ¡Eso sí! Vestido y calzado, al cielo. Pero no tengo ganas de que pida tan pronto por la casa de Castro Real.

GER. ¿Tan pronto? No cumple los sesenta don Venancio.

COND.ª *Hija mía, cuando quiero á una persona, no *le cuento los años. Además, los seres como *don Venancio, son siempre niños.* No, ahí donde le véis, sabe mil cosas: por afán de garrapatear su dichoso nobiliario, como él dice, se ha aprendido la historia, heráldica, ¡si es un pozo de ciencia! Y á tí, Javier, te adora. ¡El sucesor de la casa! Te supone todos los méritos y todas las virtudes.

JAV. Pues si no está más fuerte en historia que en biografía...

COND.ª ¡Cómo te adorará, que él, que nunca se ha

metido en política, que, por no ser nada, ni carlista ha sido, hablaba el otro día de sacarte diputado por Castro Real! ¡Muñidor electoral don Venancio! (Manuela sale y pasa á la derecha, volviendo con mantillas, que entrega á Celina y á Gerarda.)

GER. Celi, ¿para qué son estas mantillas?

CEL. Como vamos á oir misa..

GER. (Displicente.) Yo no puedo. Como no tengo costumbre de madrugar, la cabeza se me abre de jaqueca. (A la Condesa.) Me he levantado por no dejar de saludar á usted á su llegada: si no me acuesto ahora, tomo mi sello de trional y duermo un poco, no podré hacer los honores del almuerzo á la gente que Felipe ha convidado.

COND.ª (Sorprendida.) ¿No estarás á la misa?... ¡Cómo ha de ser! Acuéstate, hija, y alíviate.

CONDE Yo lo siento infinito, mamá. No tengo más remedio que salir, después de cambiarme de ropa, porque no voy á ir de día con este equipo. Entre bañarme y vestirme... una hora. Son las siete; á las ocho me aguarda mi agente...

COND.ª (Con algo de disgusto y severidad.) ¡Felipe! (Reprimiéndose.) Bien, respeto tus quehaceres..

CONDE Adiós, hasta luego... A las dos se almuerza. Bienvenida, mamá. (Vase.)

COND.ª Veo que anduve inoportuna... En fin, lo esencial es que asista á la misa el interesado, el ofrecido, mi Javier... (Le coge y le besa en la frente.) ¡Cuando pienso que estuviste tan malo! ¡Que podías haberte muerto!

JAV. (Algo cortado.) Mamá madrina, cree que tengo un disgusto.. Figúrate que, ya puesto á madrugar, ó mejor dicho, á no acostarme para esperarte, combiné con unos amigos, cenando, irnos á la dehesa á probar los novillos que se han de lidiar en la becerrada que organiza Alfonso Altacruz... ¿Eh, Celi? ya sabes.. Alfonsito... Y es probable que estén

ahí, en la esquina, porque me ha parecido oir la bocina del automóvil... ¿Perdonas, no es cierto? Un compromiso contraído...

COND.ª (Enojada.) ¡Anda bendito de Dios! Yo, cayéndome de debilidad, voy á oir misa por tí, y tú te marchas á una broma! ¡No parece sino que rogaros que oigais una misa conmigo es mandaros subir un quintal de carbón! ¡La desbandada! (Javier se asoma al balcón, y se oyen la bocina y el traqueteo del automóvil.)

JAV. ¡Otro día, otro día! Hoy, la... casualidad... ¡Abur, abur, madrina! (Sale precipitadamente.)

CEL. (A la Condesa, que ha quedado triste y preocupada.) Bien se ve que no conoces el personal, ni el escenario, ni la comedia. Madrina, aquí nadie tiene nada que hacer, y nadie tiene tiempo para nada: aquí no se atrapa á nadie como no sea ofreciendo diversión ó comida. ¡Floja pretensión la tuya! ¡Reunir una familia como la nuestra para oir misa, y á las siete de la mañana! ¡Si fuese á las doce de la noche, misa del Gallo y cena del faisán!

COND.ª ¿Y tú, vamos á ver, también tienes sueño, quehaceres, algo que te impida?..

CEL. ¡Yo, no! Yo estoy dispuesta á representar el heroismo de la raza. Pediremos juntas por la salud de Javier.

COND.ª No creas, hija mía, que tienes una abuela engarzarosarios. Yo rezo poco... Pero hay ocasiones en que me sale de aquí, ¿lo oyes? de aquí. (Pone la mano sobre el corazón.) ¡Esta era una! ¡Después de cuatro años de no veros... venía contenta, entusiasmada, con grandes proyectos, soñando acabar mis días á vuestro lado. ¡Ahora no vais nunca por allá! Mucho cariño tengo á mi aldea, pero á mis años, estar tan sola... Y mira, Celi.. encuentro no sé qué raro en esta casa... Además, mi presencia riñe con el modo de vivir de tus padres. Sospecho que entende-

mos de diferente modo cosas muy importantes... ¡Les quiero y me parecen unos extraños!

CEL. De cierto, aquí no se vive como vivirá usted allá.

COND.ª Eso sería lo de menos. Se puede vivir de modo distinto, sintiendo igual. Lo único que separa es el sentir... En fin, esto es hablar por impresión... porque me ha disgustado que no me complazcan en cosa tan pequeña... Es que venía con el corazón abierto, de par en par... Traía planes, esperanzas, mucho cariño... ¡Qué se le ha de hacer! Con tal que ellos sean dichosos á su manera... ¿Y tú, Celi? ¿No se piensa en casarte?

CEL. No... Ni piensan, ni pienso.

COND.ª Pues á tu edad... Una muchacha...

CEL. Ya no hay muchachas. Ese género se acabó. En cambio tampoco hay viejas. Todas las mujeres aquí tienen cierta edad: la edad de ser temibles.

COND.ª Yo quisiera que me explicases... detenidamente... ¡Tenemos tanto que hablar!

CEL. Ya no hay tiempo. (Señala al oratorio, cuyas cortinas ha descorrido el lacayito, que entró por la primera puerta de la derecha. Se ven las velas del altar encendidas. Las señoras se tocan las mantillas precipitadamente.)

COND.ª Vamos, hija, vamos á oir misa... por los que no la oyen.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón muy elegante de estilo modernista, con asientos caprichosos, mesillas y rinconeras con jarrones de flores, aparatos de luz originales, plantas, un biombo, estatuitas, vitrinas. Todo debe ser muy refinado, y las telas de cortinajes y mobiliario finas y de colores claros. El fondo de este salón es de cristales, y deja ver una estufa donde hay plantas y estatuas. A la derecha, puerta que comunica con otro salón, por un arco. A la izquierda, puerta más chica, que conduce á la antesala. Las primeras horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

CONDESA VIUDA, CONDE, GERARDA, CELINA, CAÑAMERO, RAMÍREZ DUARTE, MURVIEDRO, GORITO CETINA, MARQUESA DE CASTEL QUEMADO y DON VENANCIO. Salen todos por la puerta de la derecha. El Conde da el brazo á la Castel Quemado; Duarte, á Gerarda; Cañamero, á la Condesa viuda; Gorito, á Celina; Murviedro y don Venancio vienen un poco atrás, como si se hubiesen entretenido charlando

RAM. (A Gerarda.) ¿Qué tiene usted? Todo el almuerzo he estado fijándome. No ha comido usted apenas; ¡puedo decir cuántos bocados fueron! y en esos ojos...

GER. He dormido mal. Tenemos que hablar. (Bajo y rápidamente. Duarte se inclina: Gerarda suelta su brazo.)

MARQ. (A Gerarda.) ¡Qué preciosidad! Este saloncito me encanta. Doble de bonito que el de Gracia Altacruz. Aquel exagera la nota, y figúrate que hay una lámpara que no hemos podido averiguar qué representa. Y el fumadero japonés, ¡es de un mal gusto! ¡tan visto, tan apestoso ya!

GER. En la serre tambien hemos hecho transformaciones. Mitad más grande quedó de lo que era.

MARQ. (A Cañamero, bajito.) La serre la mitad mayor... y el bolsillo la mitad más pequeño.

CAÑ. (En el mismo tono.) ¿Cómo cree usted que andan, Marquesa?

MARQ. Creo que de remate... Gerarda no tiene sentido común. Empeñada en competir con Gracia Altacruz, con Lucy Silva, con las elegantonas que apalean el dinero... Estas como Gerarda, que no eran de la sociedad, cuando entran en ella y toman vuelo, son las más disparadas...

CAÑ Y en otras cuestiones... ¿se dispara Gerardita?

MARQ. Por el camino que lleva, no se harán esperar los acontecimientos...

CAÑ. El almuerzo era superior.

MARQ. Eso sí... Pero sobre todo, las joyas de Constancia. ¿Las ha reparado usted? ¡Espléndidas! Hacía años que no las veía; me quedaba de ellas una idea confusa. (Ha ido elevando la voz.) Constancia, querida, ¿me haces el favor?

COND.ª (Acercándose.) ¿Qué quieres, Leonorcita?

MARQ Admirar ese broche de brillantes y ese hilo de perlas.

COND.ª ¡Por Dios! Si todo lo conoces... Ni es esto lo mejor del tesoro de Castro Real... Sólo me puse lo que no era impropio de estas horas... El gran collar brasileño, ese sí... (Los criados empiezan á servir el café. Entra Javier, con aire agitado, saludando algo distraídamente.)

JAV. (A la Castel.) Marquesa, buenas tardes. Felices, Duarte. Hola, señores...

GER. ¿Ahora llegas? Bien pronto volviste...

JAV. Ahí verás... Con los automóviles... En la dehesa almorzamos.

CEL. ¿Y la expedición fué divertida?

JAV. Como todas... Los toretes, de cuidado. Alfonso dice que darán juego.

COND.ª (A la Castel.) Ahí tienes al futuro dueño de mis preseas. Estas alhajas y las demás que pertenecieron á los Castros y tienen su valor histórico, además del positivo, están destinadas á mi nieto.

JAV. (Volviéndose.) ¿Hablas de mí?

MARQ. De tí, serranillo... Tienes más suerte que un ahorcado... Mira qué preseas para la canastilla de boda de María Salmón, cuando te resuelvas á formalizar eso... Y dice tu madrina que no son las mejores...

JAV. (Con interés.) ¡Qué hermosas!... ¿Para mí?

COND.ª ¡Qué remedio! Es decir, para tí... en usufructo. No debes deshacerte de ellas nunca. Son un depósito, y yo, que no soy millonaria, primero moriría de necesidad que vender esto.

MUR. (A la Condesa.) ¡Cuando le digo á usted que la encuentro lo mismo ó mejor que la última vez que la ví! Sin adulación. Ha sido usted una de nuestras bellezas indiscutibles. Pero siempre enemiga de la sociedad; siempre retraída...

COND.ª Nada de eso. Usted ha perdido la memoria. A mí me gusta mucho la gente. Sólo que soy más democrática que ustedes, y también llamo gente á mis colonos, á los modestos ciudadanos de la villa Castro Real. Aquí no es gente, por lo visto, sino la que figura. Yo lo paso bien con el señor párroco, el boticario, el médico, la jueza y el registrador, que vienen á hacerme la partida de tresillo. Y lo paso casi mejor con mis

caseros, con los cuentos de brujas de la tía Sabidora. ¿Por qué ponen ustedes esa cara de asombro? Los pobrecillos, ¿no son personas? ¿No puede un registrador de la propiedad tener criterio y buena conversación? Pues tiene muy buena conversación el señor registrador de Castro.

VEN. (Aparte.) ¡Vuelve por otra! ¡Pensarían que mi señora no les sabía responder!

MARQ. Sí que puede, mujer... Y de fijo que tú has resuelto el problema de divertirte y gastar poco y ser la primera persona de toda una comarca.

COND.ª Naturalmente. Pero yo no lo hice por eso. Me retiré del mundo, cuando se me murió mi hijo menor, el pobre Luis... Aquel golpe..

MARQ *Si por tales cosas se retrajesen aquí...

COND.ª *Cada uno tiene su manera de ser... No cen-
*suro á los demás; pero desde que se me que-
*dó en los brazos como un pajarito, no fué
*para mí la vida lo que era antes... Me pare-
*ció que no me consolaría nunca... y hay
*momentos en que sigo pensando lo mismo.
(Conmovida.)

CEL. No hable usted de eso... (La acaricia.)

COND.ª No te preocupes.. Ya pasó... Son recuerdos. No hay cosa más rara que esto que sucede con las penas: parece que se han dormido, porque después de tantos años... pero, ¡qué sueño más ligero el suyo!

CEL Ahí viene el consuelo. (Señalando á Baby, á quien trae de la mano una miss.) Mire usted eso... Mire usted ese encantin, ese muñeco rico... Unos se van, otros vienen...

COND.ª Ven, hechizo. (Besa á Baby. Todos le ríen, todos le festejan. Don Venancio le hace carantoñas. Baby besa la mano á su madre. La miss vuelve á llevárselo. Es una escena corta.)

RAM. (Al Conde.) Nada se puede pronosticar... Los más listos no sospechan lo que hará el gobierno, bajo la presión de las circunstan-

cias. Pero que es inminente algo muy serio, eso sí... (Van hacia la estufa, conversando.)

MUR. (A Cañamero.) Este cura tan apocado, es una verdadera cartilla vieja. Debe de tener un memorión...

MARQ. (A la Condesa.) Cuénteme la vida de Castro Real. ¡Me interesa mucho!

COND.ª ¡Una vida complicadísima! Del establo al gallinero, de la capilla á la granera, á mediodía la comida, después,—vergüenza me da confesarlo—una siestecita...

MARQ. *¡Así conservas ese precioso color!

COND.ª *Por la tarde, paseo por la finca, visito á los *enfermos de la parroquia, pongo el coche, *voy á compras á la villa... Al anochecer, el *rosario...

MARQ. *¿Te has hecho devota?

COND.ª *No; lo único que hay es que allí, como se *dispone de tiempo, se puede cumplir con *un amigo muy elevado, al cual aquí... ni *le pagais las visitas.*

GOR. ¿Y las noches? ¿Qué hace usted de las noches? ¿Esas noches interminables del invierno?

COND.ª Pues... dormir.

GOR. ¡Dormir! ¡Es horrible!

COND.ª No, es muy simpático, sobre todo teniendo sueño...

GOR. *¡Ni un teatro!

COND.ª *Seguramente nos tiene abandonados la em- *presa del Real. Y, en materia de tertulias, *priva la de la chimenea, atestada de tron- *cos de roble; alrededor, los servidores y los *caseros... ¿Y qué más da? Divertirse... es *palabra muy relativa. La diversión sale de *dentro.

GOR. *(Admirado.) ¡Es una filósofa esta señora! ¡Si *casi me convence! Yo tendría más dinero *y menos dolores de cabeza dedicándome á *pasar las noches así. Diga usted, Condesa, *¿hay mucha caza por Castro Real?

COND.ª *No faltan, no faltan avechuchos.*

MUR. ¿Y la gente, es buena? ¿Tienen respeto á los señores?

COND.ª ¡Ya lo creo! Como que no hacemos nada de malo, nos respetan. ¿Verdad, don Venancio? Usted que se está tan calladito.

VEN. Y luego, si no tuviesen respeto á sus señores, ¿á quién lo habían de tener?

RAM. *¿De modo que como en la Edad Media? *¿Siervos de la gleba?

COND.ª *Como en la Edad Media... salvo la horca, *el cuchillo, la caldera, el pendón, y otros *accesorios.

MUR. *¡Qué lista es la Condesa!

GOR. *¡Vaya, vaya! Y muy oportuna.*

MUR. Algo le podría yo decir á usted de la nobilísima familia de Castro Real, porque no ha mucho, con motivo de haberme encargado un informe la Academia... Hay en el linaje adelantados, ricoshomes, una reina de Portugal... y la nombra Diego de San Pedro...

VEN. (Interrumpiendo.) En el libro de los Plantos, cuando dice:

«Catad que no pierdan con lo que ganaron
Poniendo en olvido sus antecesores
Los Haros, é Laras, é Villamayores,
Guzmanes, é *Castros*, que tanto sonaron...»

MUR. ¡Admirable! Esto se llama erudición...

COND.ª ¿Creía usted que don Venancio le permitiría saber de nosotros algo que ignorase él? Si usted lo consigue, del berrinche le mata. Somos su especialidad.

GOR. (A un lado del escenario, aparte á Javier.) ¿Y hoy, qué tal en la dehesa?

JAV. Fatal, un desastre... Y á toda velocidad... En dos horas—no timbaríamos más tiempo—perdí seis mil pesetas.

GOR. Habrías bebido.

JAV. Y Julio Ambas Castillas, que me ganó, ¿estaba en ayunas?

GOR. ¿Has pagado?

JAV. No... ¿Tú no puedes adelantarme?...

GOR. ¿Me tomas por otro? Los adelantados que hubo en tu familia, según ese cura tan pesado, que se alcen de la tumba. Nunca mejor ocasión.

JAV. ¡Estoy de malas, de perras! Desde Carnavales ya no sé qué hacer. Mi padre de seguro me niega el empréstito que voy á pedirle; y no lo extraño: como yo andará, poco más ó menos.

GOR. Sí, la Bolsa *é móvile*, y María del Belén debe de costarle un pico.

JAV. Atrasado estás de noticias. Ahora hay otros moros en la costa. ¡Una mujer... divina, que si yo gano hoy en vez de tener el santo de espaldas, no se la lleva nadie más que este individuo! Es una francesa, ¿no sabes? la famosa Colombe... ¡Qué trapío! Papá la ronda. Julio Ambas Castillas, ídem. El alma daría yo por soplársela á Julio.

GOR. ¿Y el excelente usurero?...

JAV. Se ha cerrado á la banda... Me persigue para cobrar réditos... Lo que me exalta, mira tú, es estar entrampado con Julio... ¡con la ojeriza que nos tenemos en el fondo...! Ese y yo, un día... tú verás. ¡Ay! Sudo tinta.

GOR. ¿Y tu abuela? Esa traerá trigo fresco. Debe de tener gato: emparedada en su feudo de Castro Real...

JAV. No la conoces... ¿Dinero para humoradas? Me predicaría un sermón en tres puntos... (Se queda pensativo.) ¡En fin! (Alzando los hombros.) De todos los aprietos se sale... por la puerta ó por la ventana. ¿Te vienes á fumar un rato? (Vanse Gorito y Javier hacia la estufa.)

MUR. (Con solemnidad.) ¿No quieren ustedes dar una vuelta por la estufa y el jardín, señoras?

MARQ. Vamos, vamos... Siempre habrá que admirar novedades. ¡Esta Gerarda no cesa!

GER. Celi, acompáñalas tú... Me siento algo mareada... El madrugón... Me reuniré á vos-

otras en seguida que se alivie este martilleo en las sienes... No, no es nada; si se pasa en seguida .. (Vanse los demás)

ESCENA II

GERARDA, después RAMÍREZ DUARTE

GER. ¡Gracias á Dios! Dicen que es moda no alargar las sobremesas de los almuerzos, pero lo que es mis convidados... ¡Tanto charlar! ¡Tanta insipidez! Y yo con el alma inquieta, con la zozobra de una esperanza casi muerta al nacer... Me daba el corazón que mentía... ¿Y si no mintiese? El debe de estar desengañado de su mala vida, harto de encontrarse á merced de alzas y bajas, á merced de brilonas, á merced de usureros... Sentirá hastío... ¡Yo en su caso lo sentiría! ¡Triste esperanza la mía; se funda en la hartura de un vicioso! Su cansancio es lo que me ofrece... ¡No importa! Aceptarlo es mi obligación... Así tendré una defensa contra la sugestión del mal.

RAM. (Avanza viniendo de la estufa, haciéndose el distraído. Viene fumando, pero al ver á Gerarda arroja el puro y se acerca.) Se me figura que nadie habrá reparado... Aquí estoy. No sé cómo he podido dominarme, desde que usted me dijo...

GER. ¡Mil gracias, es usted muy amable! Con tal que no nos interrumpan...

RAM. Por un rato creo que no. Han formado tertulia en el jardín.

GER. Siéntese usted, Duarte... (Aparte.) Cuanto más lo pienso, más sospecho que Felipe se vale de mí para una cosa poco digna. Tengo vergüenza de lo que voy á hacer.

RAM. Gerarda, háb'eme usted sin temor, pídame cuanto guste. No crea que soy un fatuo. Cuando me dijo que necesitaba hablarme,

ninguna majadería presuntuosa cruzó por mi imaginación. Hace tiempo adivino que está usted en alguna de esas situaciones en que no hay más remedio que apoyarse en alguien. ¡Gracias, si se apoya usted en mí!

GER. (Con abatimiento.) Es la verdad. Si usted quiere dispensarme un gran favor...

RAM. ¡Sin condiciones, Gerarda! ¡Y ahora, y en cualquier tiempo, con desinterés! ¡Si he estado á pique de adelantarme y ofrecerme! Por ahí debí empezar; en estas cosas, mejor cuanto más pronto.

GER. (Aparte.) ¿A qué se refiere? No le dejemos ver que se equivoca.

RAM. Hace un año, su fortuna personal de usted aun podría salvarse. Ahora, quizás...

GER. ¡Qué! ¡Mi fortuna! ¿Y usted cómo sabe?...

RAM. Ya ve si estoy bien enterado... Los políticos tenemos mil medios... A mí me importa lo que atañe á usted... Mi distrito toca con sus fincas; sé lo que allí se murmura... Conozco los rumores bursátiles...

GER. Pero mi dote, el patrimonio de mi niño, ¿qué riesgo puede correr?...

RAM. ¡Ya me suponía yo que usted no sabía palabra! Sí, hay riesgo... El marido administra la dote de la mujer, y con sus bienes responde de ella. Pero si el marido ha enajenado ó disipado ya todos sus bienes, ¿me quiere usted decir con qué responde?

GER. ¡Qué indignidad! ¡Me aseguró que mi fortuna permanecía intacta! ¡No siento la pobreza, sino la humillación del engaño! ¡Y el pequeño!... ¡Y mi niño!...

RAM. Veo que la conversación es penosa para usted, pero como es necesaria, sigo, á riesgo de afligirla. Escuche usted bien, Gerarda... No les queda á ustedes, en el momento presente tan crítico, más que la dehesa de Balmiel. (Bajo.) Yo espero que el Estado la adquirirá, y entonces usted recla-

mará que se le adjudique en compensación de su dote, que es obligación preferente. Así quedan usted y su hijo al abrigo de la necesidad.

GER. ¡No sé qué contestar, Dios mío! ¡Todo esto es negro, es horrible!

RAM. En mi proposición no hay nada reprobable, nada que deba infundirla escrúpulos... La adquisición de la dehesa es conveniente al Estado, al mismo tiempo que á usted. Daré carpetazo á las pretensiones de un cacique, que quiere endosarnos la suya, la cual vale mucho menos. Solo pido, Gerarda, para dedicarme con fe á este asunto, saber que es para usted, para usted misma, para quien trabajo. No me agradaría que fuese para otra persona, ¿usted comprende bien? entre otras razones, porque no hay fuerzas humanas que puedan sacar á esa persona del pantano, y si cien veces la sacásemos, otras cien veces se hundiría. No sé si es delicado hablarla á usted así.. pero en casos como este, se prescinde de reparos y formulismos. El Conde es incorregible: yo no sé qué tiene en la masa de la sangre...

GER. Tiene... lo más vulgar; ansia de goces, de lujo, de alta vida... Todos la tenemos; no sería justo acusar á uno solo. ¡Pero ha mentido, ha arruinado á mi pequeñín!... Espero de usted, de su amistad.. porque es usted mi amigo...

RAM. No, Gerarda, nada de hipocresías. No soy amigo de usted: soy .. peor que un enemigo, porque soy... más que un amigo: soy otra cosa... (Se acerca á Gerarda.) Metido en la batalla política, he dispuesto de poco tiempo para la vida sentimental... No he querido á nadie, me creía refractario á *eso*... Usted me ha demostrado que no lo soy... Estoy como un estudiante que quiere por vez primera... No me encuentro ridículo, Ge-

rarda. Acuérdese usted de lo que hemos hablado... y deme una consigna. Van á venir... Aguardo sus órdenes. ¿Perdona usted esta expansión?...

GER. (Alargando la mano á Ramírez.) Mi perdón, ahí va...

RAM. (Besando larga y apasionadamente la mano de Gerarda.) Gracias, gracias.. ¡Espero las órdenes para obedecerlas ciegamente! Y fíe en mí; fíe en que cuanto acabo de decir es verdad. Vienen... Me despido... Voy hacia el otro salón... Y lo dicho... Descanse en mí.

ESCENA III

GERARDA. Después EL CONDE

GER. ¿Qué hice, qué impresión es esta? Ni le había llamado con este fin, ni nuestra conversación debió acabar de tal manera... ¿Por qué le alargué la mano? ¡Fué prometerlo todo...! ¡Y Felipe! ¡Oh! ¡Me ha engañado, me ha arruinado!... Eso no lo hace un caballero con una mujer... Ahí viene... Temo no poder contenerme...

CONDE (Se acerca con precipitación.) ¿Qué? ¿Qué hay, Gerarda?

GER. No me hables, Felipe. Vale más. Vete.

CONDE ¿Es eso lo que respondes? ¿Es ese el auxilio que prometiste darme?

GER. ¡Déjame... no despiertes la ira en mi corazón!

CONDE Veo que te has propuesto que nos hundamos. Dilo claramente, y sepa yo que en mi mujer tengo á mi peor enemiga.

GER. Hace tiempo tengo yo en tí al que, además de ofenderme, me lleva á la miseria. ¿Qué has hecho de mi dote? Era la fortuna de tu hijo, ¡del pobre inocente! La fortuna de

una mujer y de una criatura... Eso se llama...

CONDE No me injuries, no busques que demos escándalo.

GER. ¡Escándalo! Llamas escándalo á mis quejas, pero no á tu conducta.

CONDE Esperaba, en momento tan angustioso, que la compañera de mi vida...

GER. ¿La compañera de tu vida? Ni lo soy, ni lo he sido, bien mirado, sino días muy breves... Ese nombre me suena á burla. Serán compañeros de tu vida los que van contigo á donde te la pasas... Y compañeras... No he de pronunciar nombres.

CONDE (Acercándose á Gerarda amenazador, hasta acabar por asirla de la muñeca.) Me provocas en un instante tan amargo... No quieres que te llame compañera... Pero eres mi mujer, corres mi suerte, me obedecerás...

GER. ¿Qué villanía es esta? Suelta, ó grito...

ESCENA IV

DICHOS, la CONDESA, CELINA, la MARQUESA DE CASTEL QUEMADO, MURVIEDRO, CAÑAMERO y DON VENANCIO

COND.ª No se puede remediar: cuando uno se ha quedado fuera del movimiento, de todo se asusta. Acabamos de ver pasar por delante del jardín el automóvil de Lanzafuerte, y declaro que antes me desuellan que meterme en semejante máquina. ¡Jesús mil veces! ¡Si es una visión, si no da tiempo ni á mirarlo! Y no me digas, Javier; ¿á qué conduce andar tan aprisa? ¿Qué mérito hay en correr y correr? Todo lo bueno, todo lo que vale, se hace despacio. Nuestras familias y nuestras casas no se hicieron aprisa: por eso somos algo...

JAV. Madrina... el automóvil te da miedo... porque á tu edad, la gente se encariña con la vida, cosa que no vale nada, y de la cual á veces está uno muy harto.

COND.ª ¿Harto tú de la vida? ¿Con juventud, con salud, con un nombre como el tuyo? Javier, hasta en broma, ¡porque eso será broma! me horripila oirlo.

JAV. Lo que digo es que, no habiéndolo probado, no se comprende el goce de dar toda la velocidad y entregarse á ella sin miedo. ¡A tragar camino! ¡A quemar kilómetros! ¡A volar! El paisaje huye; se borran los postes del telégrafo, las hileras de árboles, las montañas, los caseríos; á la gente ni se la ve...

GOR. Que es una ventaja para despachurrarla cómodamente.

JAV. Va uno como loco.. Sólo piensa en repetir: «¡Más!» «¡Más!» «¡Más!»

GOR. (A don Venancio.) Y el padre capellán, ¿qué opina de esto de los automóviles?

VEN. Invenciones, invenciones del siglo. ¡No paran de inventar! Yo, por mí, hasta en el ferrocarril voy mal á gusto. La diligencia daba lugar á tomar chocolate tranquilamen- en los mesones, y se podía andar algo á pie en las cuestas arriba, para estirar las piernas. El tren me marea, con tanta peste á carbón.

CAÑ. Eso se llama... misoneismo. Sin previa adaptación no entra la gente por los grandes descubrimientos.

GOR. ¡Bravo por el señor Cañamero! Es de los míos. Le propongo mañana un paseíto con Lanzafuerte, que no sólo da toda la velocidad, sino que fuerza el motor...

CAÑ. (Aparte.) ¡Atiza! (Alto.) Le... le diré á usted, Gorito: mañana, casualmente, se reune la Comisión de actas... No puedo faltar...

MUR. Señoras, las dejo... Si Cañamero tiene que hacer mañana, hoy ando atareadísimo yo...

Nos han remitido unas lápidas descubiertas en Astúrica Augusta, y hay acalorada discusión acerca de si estas lápidas son prueba concluyente de que Pompeyo empeñó una acción allí.

GOR. ¡Ya se empeñaban acciones entonces!

MUR. Mil gracias, Gerarda, por el precioso almuerzo... Además hemos tenido la satisfacción de ver reaparecer á la simpática Condesa...

COND.ª Que estaba, poco más ó menos, como las lápidas de Astúrica Augusta...

MUR. ¡Por Dios! yo no he dicho...

COND.ª Pero lo digo yo, y es más verdad aún que si los demás lo dijesen. ¿A quien engañarían las de mi promoción, si quisieran parecer jóvenes? ¿Verdad, Leonorcita?

MARQ. ¡Qué cosas tienes! ¡Esta Constancia! Siempre el mismo humor.

COND.ª No, y la otra vez que vine, me encontré un fenómeno raro: las de mi tiempo... las que en casa de mi tutor, en el jardín, jugaron conmigo á la comba... todas, todas, se habían vuelto más jóvenes que yo... No crean ustedes que poca cosa... Diez, doce, quince, veinte años.

MARQ. ¡Qué bromas! ¡Dices unos disparates!

VEN. ¡Ay, qué milagro! ¿Cómo harían esas señoras para remozar?

COND.ª Eso pregunto yo: ¿cómo harían?

CAÑ. Prodigios de la química. Las ciencias han adelantado mucho: lo dicen hasta en las zarzuelas.

COND.ª Adelantar, sí... pero no se descubre ni el modo de no envejecer, ni el de no morirse, ni el de ser feliz, ni el de ser bueno. Y... ¿qué importan los demás adelantos?

CAÑ. Eso es profundizar demasiado.

COND.ª ¡Profundizar! Pues si no digo más que sencilleces... En la aldea...

VEN. Allí todos somos simples...

COND.ª ¡Hable en singular, don Venancio! Pero allí, al mismo tiempo, se aclara la vista, las cosas aparecen tal cual son...

MARQ. (Intencionadamente.) No lo creas, hija mía... Nada más fácil que engañar á los paletos. No se les engañará con la química; pero en todo lo demás... no se enteran ni de lo mismo que tienen delante de los ojos. (Hace un gesto hacia los grupos, que están distribuidos así: Javier hablando con su padre, acaloradamente, en un rincón; Duarte, que ha vuelto á entrar, con Gerarda, muy bajo, cerca de la puerta.)

JAV. (A su padre.) ¿De modo que nada? ¿Ni la mitad de la suma?

CONDE Ni un céntimo. ¿Quién te manda derrochar así?

JAV. Voy á imitarte. Verás qué economías. Y si pasa la Colombe, cierro los ojos.

CONDE Silencio... Se necesita ser quien eres, para nombrar á esa mujer aquí y alzando la voz...

GER. (A Duarte.) Reclamo lo ofrecido... Estoy abandonada, necesito que alguien me ampare... Pongo en sus manos mi salvación y la de mi niño...

RAM. Me hace usted muy dichoso... Gerarda, no se arrepentirá.

CEL. (Aparte.) ¿Qué pasa aquí? Nunca he visto á Gerarda de este modo con nadie... ¡Qué lástima! ¡Yo fiaba en su carácter, en su dignidad!...

RAM. Dichosa usted, Condesa, si ve tal cual son las cosas de este pícaro mundo. No tenemos esa suerte ni los que andamos metidos en la política actual, que exige conocer bastante á la humanidad, y sobre todo á la humanidad... pecadora. Quizás por eso distrae la política... ¡Conociendo bien á la gente, se explica uno tantas cosas...!

COND.ª Lo ajeno no debe importarnos... Cada cual tiene sus cuidados propios.

RAM. Lo ajeno importa, como una función de teatro.

CEL. Pero el teatro es ficción, mientras las cosas de la vida son verdad.

RAM. Según... En la vida la verdad anda más revuelta con la mentira que en ningún teatro... ¿No acaban ustedes de oir á la Condesa que mienten hasta las caras y las edades? La vida también es farsa y comedia, y no sabemos el desenlace, mientras los actores lo saben perfectamente.

CEL. Según eso, ¿no estamos enterados ni de nuestro propio papel?

RAM. Eso, eso mismo. Y en eso consiste la fuerza dramática de la vida.

COND.ª Tiene razón el señor Duarte: los verdaderos dramas, en la vida.

GER. En la vida, las bajezas, las villanías, las fatalidades que empujan al abismo.

CEL. En la vida, las víctimas sin culpa, la desgracia que recae sobre quien no la merece.

CONDE En la vida, las traiciones del más allegado, las miserias de las venganzas que pierden á á todos.

JAV. En la vida, las situaciones desesperadas, en las cuales se siente vértigo, y no se repara ni en nadie.

MARQ. Pero, ¿qué os pasa? ¿En qué tono habláis? ¿Qué significa?...

COND.ª (Recobrándose y afectando alegría.) Nada... Nos hemos entusiasmado.

GER. (Lo mismo.) ¡Pues es verdad! ¡No nos hemos puesto poco melodramáticos!

CEL. Una tontería... ¡Qué gracia tiene!

CONDE Si no nos riésemos, seríamos ridículos. (Ríe. Los demás rien también.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Hora, la tarde.

ESCENA PRIMERA

MANUELA que entra por la puerta de la izquierda y se detiene mirando alrededor; después GERMÁN.

MAN. No está aquí mi señora... En su habitación estará. Voy á ver... (Se acerca á la segunda puerta de la derecha, cuando entra Germán.)

GERM. (Bajo.) Hola, prenda. ¿Está la anciana?

MAN. No sé... No he entrado todavía en el cuarto de mi señora.

GERM. Pues entra, tú que tienes privanza, y pregunta si puede recibir á... la Celi.

MAN. ¿A quién, á quién?

GERM. Hazte la tonta, y que te metan el dedo en esa boquirrita... La Celi, la chica de la casa.

MAN. La señorita Celina, querrás decir.

GERM. ¡Bah! Eso, cuando oyen los señores... pero aquí creo que hay confianza.

MAN. Pues te engañas. Yo guardo el respeto á los amos. ¿Se ha visto sinvergüenza?

GERM. Pero, Marusa, ¿vas á ser siempre una infeliz? Da lástima, que una chica como tú con buenas formas y lista en lo que cabe, viva

tan en Babia. ¡Los amos, los amos! Hay que hacerles todas esas fisnerías, porque lo exigen... mucho de «el señor» y mucho de tratamiento... pero en cuanto estamos solos, hay que desquitarse, ¿lo oyes tú? Si no, reventaríamos.

MAN. Déjame en paz con tus prédicas, que me ponen la cabeza como un bombo... Con lo disgustado que parece que anda aquí hoy todo el mundo, no estoy para fiestas.

GERM. ¿Lo ves? ¿No te lo dije, testaruda? ¡Esto se va! Para el tiempo que nos queda de servir en esta casa de Tócamerroque, podemos hablarles de tú.

MAN. Yo no dejo á mis señores, aunque pidan limosna. Sin soldada les sirvo.

GERM. ¡Hija! Un premio de esos que dan á los sirvientes modelo, cuando ya los ha comido la polilla y están secos de tanta hambre... Y eso de sin soldada... no será novedad... porque desde hace meses... En fin, ahora, despacha el recado.

MAN. Voy... (Se dirige hacia las habitaciones de la Condesa, entra en ellas, y casi inmediatamente sale dando un ahogado grito.) ¡Jesús! ¿Quién anda ahí?

ESCENA II

DICHOS, JAVIER que sale de las habitaciones de la Condesa, demudado, pero procurando que no se le note.

JAV. Soy yo... ¿Por qué te asustas?

MAN. ¡Ay! ¡Si es el señorito! Me asusté, porque iba á avisar á mi señora, y estaba algo oscuro, y ví á un hombre... Perdone, señorito. ¿Está ahí la señora, por supuesto?

JAV. (Serenándose.) No... no está... Yo venía á verla... No la encontré... (Se marcha por la izquierda.)

ESCENA III

GERMÁN y MANUELA

GERM. Ejem, ejem... ¡Vaya una salida la del Javieritol Ni que le siguiese un toro... Y tú, ¿por qué chillaste? ¿Te pellizcó? (Acercándose demasiado.)

MAN. (Desviándose.) ¡Ay, qué chiste! A mí no se me atreve nadie; soy mujer de bien... Es que me dió miedo, porque así, medio á oscuras... tomé al señorito por un ladrón... Ya ves qué barbaridad más gorda.

GERM. Barbaridad, ¿por qué? ¿Se te ha figurado que no pueden ser *eso*... los señoritos?

MAN. Un día vas á aprender lo que son los puños de una Marusa, como tú me llamas...

GERM. Pega, pega... (Pone la cara. Manuela, sin hacerle caso, se dirige á la segunda puerta de la derecha, á tiempo que entra por la de la izquierda la Condesa, que viste con elegante sencillez y severidad un traje de calle. Por la de la derecha, asoma Celina. Se retiran Manuela y Germán según expresa el diálogo.)

ESCENA IV

CELINA y LA CONDESA

CEL. No acabáis de decirme si mamá madrina...

MAN. Aquí viene la señora, justamente... ¿Me necesita?

COND.ª No, Nela.. Ya te llamaré... (A Celina.) Hola, querida... En todo el día no te había visto.

CEL. He almorzado fuera, en casa de Altacruz... Me hicieron cantar... La verdad: me inquieta un poco esta conversación. Sospecho lo que quieres preguntarme, y, no lo puedo remediar, se me encoge el alma...

COND.ª (La conduce al sofá y la pone una mano cariñosamen-

te en el hombro.) No tengas recelo. Suceda lo que suceda, sé de fijo que en tí no hay culpa.

CEL. (Apurada.) No, madrina, culpa no... Hago la vida de todos, lo que se acostumbra, igual que las demás muchachas. Si estamos en situación desastrosa, lavo mis manos.

COND.ª ¿En situación desastrosa, dices? ¿Conque era cierto?

CEL. ¿No preguntas? Respondo.

COND.ª Es raro lo que le pasa á uno con las desgracias. Las está uno tocando, y no las quiere ver. Desde que he llegado aquí adivinaba mil cosas... Las caras de mi hijo, de Gerarda, la misma tuya... Y voluntariamente me ponía una venda. ¿De modo que me estaba reservada, para mis últimos años, esta desventura? ¿La ruina de la casa?

CEL. No se aflija... Acaso el daño no sea tan grande... Pero que hay daño, eso...

COND.ª ¡Dios mío! Debiste llevarme con mi pobre hijo Luis; no conservarme para asistir á nuestra pérdida.

CEL. Aquí de tu gran corazón. Consuélate como yo, y mira que á mí me perjudica más que á tí: tengo más tiempo de ser pobre, voy á quedarme soltera... y me he resignado. *Los *padres nos dan la vida, y también la muer*te... Les tengo lástima, y con tenerles lásti*ma á ellos, no me acuerdo de mí misma.*

COND.ª ¿Pero cómo ha sido eso?... ¿Quién nos pierde? ¿Es Gerarda?... Ayer tenía cara de haber llorado... Ayer estaba... no sé cómo.

CEL. No, madrina, no .. *Se me figura que no es *Gerarda quien principalmente... Ha hecho como yo; ha seguido el impulso...* Quisiera poder decir lo contrario. Al fin mi padre es mi padre, y Gerarda una madrastra... pero te aseguro que la pobrecilla es buena, y no ha sido dichosa. Se ha lanzado al torbellino para aturdirse. ¡Bien caro paga el haber en-

trado en nuestra familia! Es mujer de corazón. ¡Mi padre la deja tan sola!

COND.ª (Vacilando.) Y... á pesar de eso... dí... ¿se quieren?

CEL. (Aparte.) No sé cómo responder á esta pregunta.

COND.ª Callas... Pensé que la ruina era una desdicha muy grande, (Levantándose alterada.) y por lo visto hay otra mayor. ¡Siempre miré con desagrado el tal segundo matrimonio! ¡En nuestra familia, una mujer sin nombre ilustre!

CEL. Gerarda no ha cometido ninguna falta, no se ha manchado. Pero es mujer, y está ofendida; es madre, y la fortuna de su pequeñito la ha visto tirar por la ventana... No le pidas á Gerarda ni á nadie imposibles. A mí no me preguntes más... Porque ya no tengo fuerzas. Probablemente he dicho demasiado...

COND.ª ¡Niña! ¡Qué me dirás que no se me haya ocurrido en mis soledades! Todo lo he presentido en noches sin sueño... Y, como allí cerca tenemos la costa brava, me comparaba á las mujeres de los pescadores, que les ven embarcarse y se quedan en el muelle temblando... Y no pueden hacer por ellos nada... Si el mar se los traga, á veces hasta lo presencian. Y las infelices, entonces, vuelven la cabeza, ven un crucero de piedra, y al arrodillarse al pie, parece que aquella piedra fría y ruda les dice: «Confía. Yo mando en las tempestades...»

CEL. Mientras tú rezabas allá, ellos se arruinaban aquí...

COND.ª ¡Si se redujese el daño á apuros de dinero. Si yo no temiese por la honra!...

CEL. Madrina... Vas á creer que soy muy mala... Pero te lo aseguro: sin dinero, la honra peligra. Esta sociedad respira por el bolsillo.

COND.ª ¡Parece mentira que hablen así veinte años!

CEL. Veinte años, en este ambiente, valen por cuarenta.

COND.ª Vamos á ver... vamos á ver... Es preciso que yo conozca la extensión del daño... Hasta dónde llega... y qué parte tomó cada cual. Tu padre...

CEL. Mi padre juega á la Bolsa. Con el afán de triplicar su fortuna ha emprendido negocios que le han salido mal. Tuvo una buena racha cuando subieron los liberales... Presintió la subida...

COND.ª ¿Que... la presintió? Hija mía, aunque no estoy, según dicen, en el movimiento, sé lo que esos presentimientos significan. Si tu padre se limitase á conservar su hacienda... no necesitaría dedicarse al agio y á... á la adivinación... De manera que tu padre... negociando; Gerarda, despilfarrando en vanidades; tú siguiendo la estela... ¿Y Javier?... En medio de mi pena, hay un consuelo para mí. ¡Tu hermano, inocente de todo eso, que tal vez ni aun sospeche que su patrimonio se ha derretido como la sal en el agua! Habrá vivido alegremente, habrá hecho sus locurillas de muchacho... pero es la continuación de la casa de Castro, y en él me apoyaré para remediar, si es posible, esta desdicha. Yo tengo mis bienes. Si no es un caudal grande, con economía puede servir de base á la reconstitución de una fortuna. Tengo un capital en joyas. ¡Todo, todo, para que reviva nuestro nombre! Javier está en edad de acometer esa empresa. Le ayudaremos... Sí, renacerá Castro Real. ¿Por qué callas? ¿Por qué bajas la cabeza?

CEL. ¡Por nada! ¡Bien está! ¡Solo que no siempre corresponden las realidades á nuestros deseos! Si Javier...

COND.ª Javier no se habrá hecho cargo de la situación. Así que yo tenga con él una conversación decisiva...

ESCENA V

DICHAS, EL CONDE. Viene muy sombrío. Hace señas á Celina de que se retire. Celina besa á la Condesa y obedece.

COND.ª (Severamente.) ¿Qué traes? ¿Por qué despides á tu hija?

CONDE Tenemos que hablar de cosas muy serias.

COND.ª De cosas muy serias hablábamos cuando entraste.

CONDE Mamá, se trata de que...

COND.ª Sé de qué se trata. Estás arruinado; has acabado con la hacienda que te dejó tu padre, que yo mejoré y que entera debías trasmitir á tus hijos.

CONDE Ya que te han informado tan bien, debieron añadir que los demás...

COND.ª Eres padre, eres jefe de familia... No acuses á nadie si tu casa no marcha en orden y si en ella no se vive como se debe. No diga el piloto que los marineros le han torcido el rumbo.

CONDE Metida en tu rincón de Castro Real, no estás al corriente de la marcha de la sociedad, que ha variado desde tus juventudes. Hoy no hay pilotos. Cada cual rige. Así va la nave.

COND.ª ¿Tu ejemplo, ha sido el que debiera ser?

CONDE Vengo á pedir socorro á mi madre. Veo que tampoco de ella debo esperarlo.

COND.ª ¿De qué naturaleza es ese socorro que me pides?

CONDE Apremiado por la fatalidad...

COND.ª No llames fatalidad á lo que tejieron tus propias manos. No hay fatalidad. Has gastado lo que no podías gastar; has querido vivir, no como un verdadero señor, hijo del tiempo, sino como un advenedizo, deslumbrando á espectadores de una hora. Has negociado, contando con la ruina de los demás,

y has labrado la tuya. Y así, tu casa, fundada por héroes, continuada por señores ilustres, se desploma contigo, el último y el peor de los Castro Real.

CONDE ¿Último y peor? No te acuerdas de que tengo un hijo.

COND.ª ¡Negra contestación!

CONDE Más negras eran las palabras tuyas.. Dura eres conmigo, madre... Para que veas que estoy en camino de arrepentimiento, te digo que hay muchas cosas en la historia de mi ruina, que aun me las perdonarías menos que la ruina misma. Debo á mi madre el respeto de pensar que piensa así, y que el interés no es para ella lo primero.

COND.ª Si tu pobreza naciese de una causa noble, creo... que hasta te felicitaría por ella. Pero desórdenes, vicios...

CONDE Si tuviese yo que ilustrar mi linaje en ocasión señalada, estoy seguro de que lo ilustraría. ¿Qué hicieron esos ascendientes tan famosos? Tener valor una hora. No me falta á mí. Lo difícil es luchar contra las tentaciones de cada momento, en esta sociedad á cada paso más enferma, más podrida... Batalla continua no se le impone á ningún soldado. Vencido estoy... Todo acabó.

COND.ª (Aparte.) Mi corazón se conmueve. Es mi hijo, mi hijo... Pero si le entrego á él los restos de nuestro caudal, lo disipará, y será la miseria lo que legue á los sucesores... No, de ellos es lo que queda...

CONDE Adiós, madre, no lleves á mal que haya esperado en tí un momento...

COND.ª (Llorando.) Adiós, Felipe; no puedo, no puedo hacer nada por tí...

ESCENA VI

Al salir el CONDE, llega GERARDA. Se cruzan en la puerta y se miran significativamente: el Conde con reproche, Gerarda con altanería. Es una escena muda cuya duración queda encomendada á la discreción de los actores. Al fin, los dos hacen un movimiento, cede el paso el Conde y entra Gerarda.

GER. Vengo... No puedo prescindir... (Notando que la Condesa llora.) ¿Qué tiene usted? ¿La molesto?

COND.ª No, hija mía... No se trata de nada secreto para ti, ni puede sorprenderte que llore. Apostaría que no vienes por otra cosa, sino por lo que me hace llorar.

COND.ª Acierta usted... Yo también lloraría, pero tengo una sequedad, una rabia, que me quitan el consuelo del llanto.

COND.ª Acércate. ¡Pobre Gerarda! Una más á sufrir las consecuencias de la insensatez de Felipe!

GER. No la llame usted insensatez. Un insensato podría tener lealtad, conciencia...

COND.ª (Disculpando.) Felipe está pesaroso...

GER. No crea usted en arrepetimientos de hombres viciados... Se ve entre la espada y la pared, y acaso por eso habrá afectado arrepentirse. También le creí yo... y mentía. Si estuviera de veras arrepentido, á Castro Real tendría que irse.

COND.ª A Castro Real debíais veniros todos. Ven, Gerarda.

GER. No, y usted perdone... Cualquier cosa podrán achacarme, menos que no hablo claro... Aunque usted no me ha recibido con entusiasmo en su casa, yo tengo más fe en usted que en toda la familia junta. De los Castro Real, el caballero es usted... Será tontería, será romanticismo, pero no quisiera que la madre de mi marido pudiese acusarme de una bajeza. Errores, faltas, bueno; engaños, nunca.

COND.ª Serénate, hija mía, explícate... Y no creas que yo...

GER. No me llame usted hija. El lazo se ha aflojado, y va á desatarse.

COND.ª Eres joven, yo tengo un pie en el sepulcro... Hija te llamo.

GER. Pues bien... sépalo usted. He cesado de tenerme por mujer de Felipe.

COND.ª No está en tu mano. Es tu marido, y aunque lo olvidase el mundo entero, se acordaría Dios.

GER. (Con violencia.) Ni usted ni yo podemos atar lo que Felipe ha desatado; lo que va á romperse hoy mismo... Ya lo verá usted. Prefiero adelantarme; irme yo, antes que se vaya él.

COND.ª (Coge á Gerarda de un brazo y la acerca al balcón, mirándola cara á cara.) ¿Sola?

GER. ¡Sola!

COND.ª ¿Para seguir sola... en todos sentidos?

GER. No respondo del porvenir.

COND.ª ¿Qué indignidades vienes á contarme?

GER. Las de su hijo de usted. El, el noble por los cuatro costados, malversó la dote de la mujer sin blasones ni timbres; aprovechando mi confianza, ha gastado mi dote... Si no he de pedir limosna, necesito amparo, y he de aceptarlo... Me lo ofrecen...

COND.ª ¿Duarte?

GER. ¿Ve usted qué pronto adivinó?

COND.ª ¿Pero qué lodo es este? Gerarda... me das lástima y me das horror... Tú vales más que el porvenir que quieres crearte. Si es cierto que al pronto te acogí con frialdad, después se me ha figurado que valías, que tenías alma... No, no es que te acuse: las faltas de los míos me hacen bajar la frente.

GER. ¡Eso no!... Usted conserva para mí toda su autoridad.

COND.ª No hay autoridad; no hay aquí sino dos mujeres que sufren la misma desgracia... Mi

hijo ha hecho mal, muy mal, pero, Gerarda, eso no te da derecho á imitarle... Cuando los hombres echan por la ventana el honor, las mujeres bajamos á la calle á recogerlo, lo guardamos en nuestro pecho, y al calor nuestro lo hacemos revivir... Condesa de Castro Real, otra Condesa de Castro Real te pide que dés una lección á los degenerados.

GER. Ilusiones, que respeto, pero que no comparto. No hay salvación posible. Desde antes de casarse conmigo, Felipe había principiado á bajar la cuesta. Filtraciones, derroches, negocios embrollados, alternativas de prosperidad y ahogos pasajeros. Iba despacio aún. Yo me casé... casi es ridículo decirlo... enamorada, ilusionada... Además, el nombre de Castro Real me sugestionó... Yo no soy de sangre azul... pero... tengo esa preocupación... venero la nobleza... Cuando abrí los ojos, Felipe seguía bajando la cuesta... más aprisa... y no siempre cogido de mi brazo... Creí, no obstante, que respetaría lo que no era suyo, lo que era de su hijo inocente... Ni aun eso respetó... y eso abre entre él y yo un abismo.

COND.ª Las apariencias dicen que rompes tu unión cuando Felipe se arruina.

GER. ¡Las apariencias! *Mientras tuve esperanzas, *guardé apariencias. Hoy... no tienen impor*tancia para mí. He tocado su vanidad.* Las apariencias dirán lo que quieran, pero usted, que es la conciencia de la familia, me absuelve.

COND.ª No; no te absuelvo. Los deberes no son condicionales; los deberes son absolutos. No solo no te absuelvo, sino que, para culparte más, quiero quitar todo pretexto, toda excusa á tu deserción. Mi fortuna, pequeña ó grande, te pertenece; responde de tu dote; cuanto poseo es tuyo. La injusticia que han cometido los míos, en lo que dependa de

mí, será reparada. No se dirá que un Castro Real ha despojado á su mujer, cuando esa mujer lleva dignamente su nombre.

GER. (Conmovida.) ¡No quiero, no acepto, no aceptaré nunca! (Asiéndose á la Condesa para detenerla.) ¡No permito sacrificio semejante! No se lo imponga usted; es inútil. (Con explosión.) Oiga bien, madre mía... madre de mi alma... De todos modos, á su lado de usted he de vivir... Con usted á Castro Real... al fin del mundo... ¡Empeño mi palabra! ..

CONDESA ¡Bien, Gerarda! Pero no importa, esto ha de ser...

ESCENA VII

GERARDA y CELINA

CEL. ¿No estaba aquí mamá madrina?

GER. Hace un momento...

CEL. ¿También tú lloras? ¡Creí ser sola!...

GER. Todos hemos de llorar en esta casa, todos... mucho... hasta que, insensiblemente, las cosas se arreglen, mejor ó peor. Te aseguro que las piernas me tiemblan, el pecho me duele, y me parece que la casa gira,—suavemente—pero gira.

CEL. (Bajo.) No es que gire; es... que se cae.

GER. ¿Qué traes ahí?

CEL. Una carta de mi padre.

GER. ¿Una carta? ¿Te la ha dado él mismo?

CEL. En la puerta. Le aguardaba el coche. Iba abatidísimo... me dió un beso más expresivo que de costumbre. Gerarda, mi padre se nos marcha, estoy segura de ello...

GER. Celi, tu padre ya se había marchado... Lo que estaba conmigo y contigo, no era más que su sombra. No nos quería de veras. ¿Qué importa que se vaya?

CEL. ¿Por qué hablar así, Gerarda?

GER. ¿Lo que yo pueda hablar, influye en nuestra situación?

CEL. Pero hace mal... Yo estoy nerviosísima...

COND.ª (Dentro.) ¡Manuela! ¡Nela! (Al mismo tiempo que llama con la voz, toca el timbre.)

GER. (Saliendo por la izquierda.) Voy á llamártela.

COND.ª (Saliendo alteradísima.) ¡Manuela! ¿Pero dónde está esa criatura?

CEL. ¿Qué tienes? ¿Hay algo en que yo te pueda servir? Mira, tengo para tí una carta de papá... pero tranquilízate antes de leerla.

COND.ª (Recobrándose un poco y pasándose la mano por la frente.) ¿Una carta de tu padre? Dámela y vete, vete un momento. (Vase Celina por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHA y MANUELA

MAN. ¿Mi señora llamaba?

COND.ª ¡Sí, llamo! (Con la carta en la mano y sin abrirla, se lleva á Manuela á un rincón del escenario.) No encuentro mis joyas.

MAN. ¿Las joyas? ¡No puede ser! No habrá mirado bien la señora Condesa.

COND.ª Te digo que no están allí. Los estuches vacíos, todo desparramado...

MAN. (Consternada.) ¡Virgen querida! ¡Qué desgracia tan grande!

COND.ª Sin lamentaciones; vengan mis joyas.

MAN. Pero, señora, no son una cosa tan pequeña para desaparecerse así de delante de los ojos... ¿No ha entrado ahí nadie, señora?

COND.ª Tú sabrás si durante mi ausencia... (Pausa. Manuela reflexiona.)

MAN. Durante... durante la ausencia de la señora... (Sin poder hablar de terror.) Sólo... sólo ha entrado...

COND.ª Pronto... ¿Quién? ¿Quién ha entrado ahí durante mi ausencia?

MAN. Si no me atrevo... señora... ¡Las joyas allí están, no puede ser otra cosa! ¡Ay, Virgen bendita, válenos!

COND.ª Obedece... contesta... ¿Quién ha entrado?

MAN. Como si no hubiese entrado nadie... nadie... porque... ya ve mi señora... que el señorito Javier, no... Y yo entrar no le ví... Ví que salía...

COND.ª ¡El señorito! ¡El señorito Javier! (Se desploma un momento en un sillón. Coge á Manuela con violencia de la mano, arrastrándola á una esquina.) Nela, tus padres son caseros nuestros desde el tiempo de los abuelos de mi marido; te he visto nacer; el año pasado libré á tu hermano de quintas... Aunque te pongan al pecho un puñal, no digas á nadie... á nadie, ni que faltaron las joyas, ni que... ni que viste...

MAN. No tenga miedo la señora Condesa, que la obedezco como si fuese mi madre misma... Así me lleven á presidio, mi boca no se abrirá.

COND.ª (Alzando el dedo.) ¿Ves, Nela? ¡Allí hay quien apunta las palabras que se dan y los juramentes que se hacen!

MAN. ¡Mi señora, ni la tierra lo ha de saber por mí! ¡Ni la tierra!

COND.ª Y vete.. Vete, ¡ya sabes! (Pone el dedo en la boca en señal de silencio.)

ESCENA IX

CONDESA

¡El! ¡El! ¡Es imposible! ¡No cabe, no cabe en cabeza humana! ¡Dios mío, no me abrumes tanto! No hay resistencia. Esta carta de Felipe... ¡Qué nuevo disgusto mortal vendrá en ella! (Rompe el sobre.) ¡Qué pruebas para el

fin de la vida! (Lee.) «Te escribo á tí porque ya sé lo que puedo esperar de Gerarda. No tengo más que una solución...» (Se detiene espantada.) ¡Tiemblo adivinar! «Me voy. Estaré fuera mucho, mucho tiempo. Trataré de rehacer mi fortuna, y si no lo consigo, no volveréis á verme...» (Llorando.) ¡Hijo mío, hijo de mi vida! ¡No verle más! ¡No verle más!

ESCENA X

DON VENANCIO, entrando por la izquierda con un rollo de papeles; la CONDESA viuda

VEN. (Presentando los papeles.) ¡Señora Condesa! ¡Si supiese qué buenas cosas acabo de averiguar sobre la casa de Castro Real! En el archivo de la Academia de la Historia...

COND.a (Levantándose y rechazando los papeles.) Ya no hay casa de Castro Real. Puede usted romper esos papelotes.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Las habitaciones particulares de Javier, que comunican con el resto de la casa por una puerta á la izquierda, que cubren una «portiere» y un biombo, y por el fondo, tienen salida independiente á la calle. Al abrirse esta puerta del fondo, se ve una antesalita. La salita está decorada con la elegancia caprichosa de las garzoneras: muebles, trofeos de armas y caza, una cabeza de toro, fotografías, mesa con recado de escribir, un diván, plantas. Puerta lateral á la derecha. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JAVIER, vestido de etiqueta, sentado ante la mesa de escritorio, que estará á la derecha. El LACAYITO, con un ramo de flores enorme.

JAV. Esas flores ahí, sobre el diván. (El Lacayito obedece, sale por la derecha y vuelve con una mesilla cubierta con mantel de encaje.) Esa mesa ahí, al lado del diván.

LAC. ¿Traigo las pastas y los dulces?

JAV. Yo llamaré... Tenlo todo listo y las botellas en hielo... No te muevas de la antesala. Que esa señora no tenga que esperar: cuando sientas que viene, abres antes que llame.

LAC. Está bien, señorito.

ESCENA II

JAVIER. Después, GORITO

JAV. (Pensativo.) Estoy corriendo una aventura... En vez de citarla para aquí, debí empezar por largarme con ella al extranjero... Es posible que en Mónaco ó Montecarlo me sople la fortuna... Porque quedarme aquí... después de lo hecho... es exponerme á tonterías... á ridículos sermones... Pero, ¡qué diantre! por quedar en mi lugar con los de la trinca... ¿No dijeron que se reiría de mí la Colombe? Ahora verán. De ellos voy á reirme yo, de Julio, de Alfonso, de Manolo... (Pausa.) Para animarse hay que beber. (Llama al timbre. Entra el Lacayito.) ¡Copas, botellas! (Vuelve á salir y entrar con lo pedido.) Descorcha ese Champagne. Tengo como un peso aquí. (Señala al pecho.) ¿Será esto lo que llaman remordimiento? (Ahuecando la voz.) ¡Bah! He dispuesto de lo mío, y aquí no ha pasado nada. Mañana, al tren con la Colombe, ¡la mejor compañía que para el caso puede apetecerse! Y, al volver... al volver, veremos. ¿Se cuenta nunca con volver de ninguna parte? La vida es un viaje en que no conviene comprar billetes de vuelta, porque sólo de la ida estamos seguros. (Se sirve de la botella que descorchó el Lacayito y bebe.)

GOR. (Entrando.) Aquí me tienes... Me adelanto, pero supongo que no me lo llevas á mal.

JAV. No. Sírvete... Ya sé lo que te hace madrugador... La curiosidad... y la chismografía. Vienes á contarme lo que dicen esos...

GOR. Están aturdidos, ¿sabes? Dicen que no lo creen hasta que por su ojos lo vean.

JAV. ¡Quien no lo vea poco ha de vivir! (Mira el reloj.) Ya son las once.

GOR. (Bebiendo.) Especialmente Julio. ¡Ah! Ese ha tomado un verdadero berrenchín. Porque ese estaba chiflado por la Colombe.

JAV No fuera tacaño. ¿No tiene cortijos, dehesas, casas, acciones, las minas de Retamar? ¿Hay más que quemar fincas y hacer dinero?

GOR. ¿Sabes lo que me respondió cuando se lo dije? Que él piensa morir tan rico, por lo menos, como nació, y darte de limosna una peseta, en la calle, dentro de un año.

JAV Pues cuando se tienen esas ideas, no se mira á ciertas mujeres; se contenta uno con alguna modistilla, lo mismo que los horteras.

GOR. No, lo que es ahora, ya picado, si Julio pudiese quitarte á la Colombe...

JAV. Necesitaría poner toda la carne en el asador; porque la Colombe, en este momento, no me hace á mí tan fácilmente una perrería. La tengo muy contenta. Figúrate que se iba á marchar de Madrid; no había venido aquí sino por curiosidad, á comprar mantones y ver bailar flamenco; en fin, á estudiar las costumbres...

GOR. Las malas costumbres. Ríete de eso. A mí me parece que estas pájaras, cuando en su tierra ya no pueden echar el anzuelo á peces gordos, emprenden viajes de exploración... Ella, en Madrid, buscaba algo que en tí le ha ofrecido la casualidad... (Con cierta escama, mezclada de admiración.) No, yo siempre lo digo; aun se lo decía hace un instante á Julito y Manolo... Para un arranque, no hay como Javier Castro Real... Pero, y á todas estas, ¿qué va á pensar Lucy Silva? Creía tenerte encadenado. (Bebe. Los dos beberán con frecuencia durante esta escena.)

JAV. ¡Bah! No la compadezcas; había principiado á consolarse con Julio; me creía fuera de combate, y le parecía que ese viste más. Es natural que nos dé postín el dinero que gas-

tamos, pero el que guardamos en la hucha, ¿por qué? Con figurarse uno que lo tiene, igual que si lo tuviese. Y la humanidad es tan estúpida que considera á un individuo y le saluda hasta el suelo, porque amarra los millones á una estaca y no los suelta nunca. No hay para mí mejor rato, que cuando puedo refregarle á Julio, por la cara, una satisfacción de que se priva tontamente, sacrificándose á sus herederos.

GOR. (Con principio de embriaguez.) ¡Eso! ¡Tienes razón! ¡Para qué hemos de estar cavilando en el mañana! Puede darnos la grippe.. y ya ves tú, es una cosa atroz la grippe. Se muere uno de ella cuando está uno más descuidado... y después de que uno se muere... claro, le entierran... y después de que le entierran... claro, se acabó el mundo para el que está enterrado, pobrecito... mío... (Hipa.)

JAV. Gorito, eres delicioso.. Pero tienes tú más filosofía de la que parece. ¡Vivimos tan poco! Hay que aprovecharse. Y mira, yo que te digo que vivimos tan poco, te digo también que á veces vivimos demasiado; que tenemos tiempo de atracarnos de vivir. ¿No es verdad, Gorito?

GOR. ¡Pues hombre, ya lo creo que es verdad! Tú tienes muchísimo talento, y ves muy claras las cosas como son en este planeta. Y la prueba de que tienes pesquis, es que te has calzado á la Colombe, una prójima que anda en todas las tarjetas postales del mundo. ¡El tono que eso da! ¡Una mujer tan famosa! ¿Y tú señor papá, qué dice?

JAV. ¡Mi señor papá! A estas horas, no se sabe por dónde anda... Bastante tiene que rascar con el embrollo de sus asuntos. Mi señor papá... es el que ha armado en casa todas las grescas. Empezando porque nos ha fumado la fortuna... Por ahí irán diciendo los tontos que Javier Castro Real así y que Ja-

vier Castro Real andando... Aunque Javier Castro Real fuese un cartujo...

GOR. Que no lo es... Que al contrario, es todo un barbián...

JAV. Aunque yo me dedicase á rezar el rosario...

GOR. ¡Já, já! Como tu respetable abuela...

JAV. (Serenándose.) ¿No sabes, Gorito, qué sueño tuve anoche? Pues mira, fué una cosa rara... Pero tú no entiendes de esto.

GOR. Sí que entiendo, sí. ¡No soy tan tonto como piensas! ¡Vaya! Y me gusta mucho que me cuenten sueños... ¿A ver, á ver?

JAV. (Como hablando consigo mismo.) Soñé que estaba en los Pazos de Castro Real, nuestra casa solariega, donde jugué de chiquillo. Era de noche; hacía una hermosa luna. Se veían muy claramente los adornos de la fachada, y, sobre el coronamiento del portalón, el escudo... Y cátate que mi padre se acerca, y trae en la mano un haz de paja encendido, lo arrima á las paredes viejas, y las paredes empiezan á arder. Yo tenía ganas de gritarle: ¡que la casa se quema! pero aparece Gerarda con otro haz, muy decidida, y prende fuego por otro costado.

GOR. ¿Gerarda?

JAV. ¡Ya lo creo! Y momentos después, Celina...

GOR. ¿También incendiaria?

JAV. ¡También, y con qué furia! ¡Por turno, de un pajar que está allí cerca, iban arrancando haces, los encendían, los arrimaban al edificio, y era de ver cómo subía la llama, y cómo á su luz parecía rojo todo el horizonte! Y me gritaban: «¡Coge tú un haz también, ayúdanos, que no podemos acabar de quemar este caserón viejo!» Y entonces yo cogí también un haz, y lo encendí, lo arrimé... y lo mismo fué hacerlo, que volverse todo un montón de cenizas.

GOR. ¡Sirves para el caso! ¡Já, já!

JAV. Ahora viene lo más extraño... Que yo me

eché al montón de cenizas, y cuando me entero, ¿en qué creerás que me encuentro convertido?

GOR. ¿En manga de riego?

JAV. ¡En un puñadito de ceniza de cigarro... más fino, más mono!

GOR. ¡Qué angustia! ¡Si se sueña cada barbaridad! Yo hace pocas noches soñé que era barrendero de la villa, y barría y sudaba para ganarme el pan... ¡Y si no trabajaba una atrocidad, no comía! ¡Qué pesadilla más cruel!

ESCENA III

DICHOS, JULIO, MANOLO, ALFONSO

JULIO (Entrando.) Hola, Javier, hola, inefable Gorito... ¿Nos hemos retrasado? ¡Bah! Si la bella no está todavía aquí... (Con sarcasmo.)

JAV. Paciencia, paciencia, Julio, (Significativamente.) que no tardarás en verla. Son en este momento las once pasadas... A las once y media la saludas.

MANOLO ¡Mujer superior! No parece sino que los años y la mala vida, que destruyen á todo el mundo, á ella la hermosean. ¡Eso solo les sucede á los objetos de arte!

JULIO Manolo, no te dejes llevar de la imaginación... La Colombe, este año, se ha venido muy pachucha. Su edad de oro ha pasado.

ALF. Está en la edad de perlas y diamantes...

JULIO No seáis cándidos. Cuando las estrellas salen á hacer *tournées* por provincias—y para el caso de la Colombe Madrid provincia es—consiste en que su público empieza á cansarse...

GOR. (Parodiando el tono de Julio.) Dijo la zorra: están verdes...

JULIO ¡Mira el tontolínez éste, como se esplaya

cuando se ajuma! ¿Soy yo el zorro? ¿Has dicho eso por mí? (Va sobre Gorito en actitud amenazadora.)

GOR. ¡Hombre, no se te puede gastar una broma! ¡Eres tremendo!

JAV. (Fríamente, encendiendo un puro.) Julio, hijo mío, el que pierde una partida, no se sofoca ni se venga en los que no se metieron en nada... ¡Hay que saber perder, qué demonio! ¿No me ganas miles de pesetas sin que yo me sulfure? Pues ahora ten cachaza, si te gano á la Colombe.

JULIO ¿Ganármela? Porque no he puesto empeño en impedirlo. Si no, bien comprenderás...

JAV. ¿Qué es lo que quieres que comprenda?

JULIO (Con ironía ofensiva y burlona.) Quiero que comprendas que á donde tú llegases, podría llegar yo... y que antes de ganarme tú ésta, te había ganado otra... y que cuando se les quita á los amigos *una señora*, y ellos en desquite nos quitan *una mujer*, no hay motivo para que nos sulfuremos...

JAV. Quitarle á un hombre aquello que hace tiempo poseía, es como quitarle el hueso de un melocotón que ya se ha comido. Quitarle el melocotón antes de que le hinque el diente, siempre mortifica más.

MANOLO Señores, hablemos de otra cosa... Que descorchen botellas, Javier... (El Lacayito descorcha y sirve.)

JULIO Sí, bebamos, por si la bella no viene... Mientras tarda, podríamos armar la partida... Somos bastantes...

GOR. Conmigo no conteis. A mí me habéis pelado tan por completo, que en lo que resta de siglo no vuelvo á meterme en honduras.

JAV. (Al Lacayito.) Antonio, barajas... Pero vivid seguros de que la bella será puntual.

JULIO ¿Quién sabe?

JAV. (Exaltándose.) Ya que tan escéptico te muestras, ¿por qué no te apuestas... una cosa re-

gular, unos cuantos miles de duros? ¿Vamos, á que no te los apuestas, generoso?

JULIO (En el mismo tono.) ¿Apostar miles de duros? ¡Echa apostar! ¿Y quién, vamos á ver, quién me responde á mí de lo apostado? Yo, si pierdo, pago, de eso estás tú bien seguro; pero, y si quien pierde es don Javier de Castro, Ulloa, Somoza, Sarmiento, ¿se puede saber cómo hago efectivo?...

JAV. (Abriendo el cajón de su mesa y sacando un estuche, que enseña.) ¿Vale esto algunos duros?

MANOLO (Admirado.) ¡Qué barbaridad! ¡Qué constelación! ¿De dónde sale eso?

JAV. Trastos de familia. Antiguallas que no sirven sino para avergonzar á un engreído de su dinero, que le es inútil, porque no es capaz de gastarlo. Por eso los amigos más pobres que él, podemos darle de cuando en cuando un bofetón.

JULIO ¿Qué dices de bofetón?

JAV. Digo... lo que quieras que diga..

JULIO (Lanzándose contra él.) Lo has de decir por algo.

MANOLO (Interponiéndose.) Vamos, vamos... Habéis bebido...

ALF. Estais más locos que una cesta de gatos...

JULIO No estamos sino serenos... y por mi parte, lo dicho, dicho. Te he dado un bofetón, Javier, y si quedó en el aire, es que estos me sujetan. .

JAV. (Haciendo un ademán.) Te he devuelto el bofetón, Julio... En el aire... porque estoy en mi casa... Pero haz cuenta que...

JULIO Enterado, Javier. ¡Adiós... mejor dicho, hasta luego! (Sale haciendo con la mano una señal de amenaza y despedida.)

ESCENA IV

DICHOS menos JULIO

MANOLO ¿Pero qué ocurrencia es ésta? ¡Julio es una calamidad! ¡Mal negocio!

GOR. ¡Negocio malísimo! Está contigo hecho una pantera...

JAV. ¿Mal negocio? ¿Por qué? ¿Estoy yo tan encariñado con mi pellejo, ni con el ajeno, que le llame á esto mal negocio?

MANOLO Esto se veía venir. Ya andaba rabioso por causa de Lucy ..

JAV. No es eso: es que no he querido tomar con ese avariento vanidoso actitud de satélite y de admirador. Es que me ha ganado al juego y le he pagado riendo, cuando él, si tuviese que hacerlo, lloraría... Y es que, por último, quería la Colombe, sin abrir la bolsa, y yo la he abierto... Pero no es hora de hablar mal, ni yo de él, ni él de mí. ¿Seréis mis padrinos?

MANOLO
ALF. } (A una voz.) Cuenta con nosotros.

JAV. Soy el ofendido. Las condiciones serias. No me gustan farsas. No me pongais en berlina.

MANOLO Pero aquí no hay ofensa grave...

JAV. No seais inocentes, ni me hagais inocente á mí. La ofensa grave se olvida y se perdona. El bofetón mismo, digan lo que digan las comedias de capa y espada, no siempre se lava con sangre. La razón verdadera de que las cosas sean broma ó verdad, es que sintamos ó no antipatía al adversario; que sea un tipo que nos fastidie, que nos cargue desde hace tiempo. Y eso me pasa con Julio, y eso le pasa á él conmigo. Y además, hijos míos, cuando está uno harto de vivir, tampoco rehuye una ocasión bonita de decir:

«ahí queda eso...» Si Julio me da pasaporte, me hará un favor por primera vez en su vida. No se hable más del caso... Ahora, á divertirnos.

GOR. Javier tiene muchísimo talento... (Bebe.) Sí señor, divirtámonos... (Actitudes grotescas con la copa.)

ESCENA V

Al final de la conversación anterior, detrás de la «portiere» y del biombo que cubre la puerta de la derecha, asoma la cabeza de la CONDESA viuda que iba á entrar y al oir las voces se ha detenido. Oye la última frase de Javier y se sobresalta.

COND.ª No está solo... Beben .. ¿Qué dice de adversario? ¿Un lance? ¿Que quiere morir?... ¡Morir él!... Acaso tiene razón; acaso es lo único en que tiene razón... ¡Pero no; no lo creo!.. Si no lo quiero creer todavía...

ESCENA VI

DICHOS, la CONDESA, escondida detrás de la «portiere» y el biombo; la COLOMBE

JAV. Han llamado... Ahí tenemos á la bella... Ya podéis contarle á Julio... (Se precipitan hacia la puerta para recibir á la Colombe y quitarla el abrigo. Ésta entra vestida con un traje muy elegante, escotada y de sombrero enorme, llevando en el pecho las mismas joyas que llevaba la Condesa en el acto segundo.)

COND.ª (Desde su escondite.) ¿Quién entra? ¿Una señora? No... ¡Jesús! ¡Si lleva puesto mi broche y mi sarta! ¡Era verdad! ¡Era verdad! ¡Vergüenza y locura! ¡Esto sí que no lo puedo sufrir!... ¡Salgo, la echo á la calle!... Por estas perdidas cometen las infamias...

JAV. (Ofreciendo el ramo á la Colombe.) Bien venida;

aquí hay flores, no tan hermosas como las que te ofreceré en París...

GOR. ¡Oh, qué *charmante!* ¡Vamos; mujeres así sólo París las produce!... ¡Qué elegancia, qué arte supremo!...

JAV. Siéntate; permite que te ofrezcamos una copa de Champagne...

COL. Gracias... (Toma la copa y la acerca á sus labios; en el mismo instante la Condesa alza la «portiere» y sale lentamente. Volviéndose hacia Javier.) ¿Quién es esta dueña respetable? ¡Qué escena tan singular! ¿Para qué me ha molestado usted, señor de Castro? Vamos, que una ridiculez así... (Javier, por toda respuesta, señala á la puerta.) Ayúdeme usted á poner el abrigo. (Javier no contesta; Manolo vuelve la espalda; Gorito hace un gesto de terror señalando á la Condesa; la Colombe se pone el abrigo sola y sale lanzando una carcajada despreciativa.)

COND.ª (A Manolo y Gorito.) Señores, ustedes me dispensarán que haya entrado así...

MANOLO (Inclinándose profundamente.) Señora, entra usted aquí por derecho propio. (Bajo á Javier.) (¿A quién se le ocurre no incomunicar, no cerrar esa puerta maldita?)

JAV. (En el mismo tono.) Qué quieres, hay días en que se pierde la chaveta y se olvida uno de lo que menos debiera olvidarse... Siempre la cierra Antón, y hoy, por desgracia...

GOR. A mí la Condesa me ha producido un efecto raro. Como si me hubiesen dado el amoniaco...

ALF. Vámonos, con permiso de esta señora...

MANOLO Nos retiramos, Condesa, pidiéndole á usted mil perdones...

COND.ª Nada tengo que perdonarles á ustedes. ¡Dios les guarde!

JAV. ¡Acordaos! (Significativamente.)

MANOLO Pierde cuidado...

GOR. A sus pies, Condesa... Dispense, Condesa... (Salen.)

ESCENA VII

La CONDESA y JAVIER

JAV. Antes que me digas palabra, voy á hablar claro y pronto...

COND.ª ¡Silencio! Me toca á mí acusar. Han desaparecido las joyas de familia, los diamantes y perlas de la casa. Esa mujer llevaba algunas. ¿Sospechas que cometiese este delito un servidor?

JAV. ¿Por qué hablas de servidores? Demasiado sabes quién cometió el delito, como tú le llamas.

COND.ª ¿Qué nombre quieres que le dé?

JAV. Llámale locura. Delito no. He tomado lo que tú misma declaraste mío.

COND.ª No era tuyo así. Era tuyo para conservarlo; era tuyo para que pasase á tus hijos; era tuyo para adornar el cuello de tu esposa, no de una tunanta.

JAV. Ven acá. Escúchame, compréndeme... Si las joyas de Castro Real no hubiesen venido á mis manos, á las de mi padre hubiesen ido y tendrían, ¡óyelo bien!, el mismo, el mismo paradero. Esa mujer que has visto aquí, esa mujer... se la he disputado á él, á él, ¿entiendes?

COND.ª ¡Calla! ¡Calla!

JAV. No callo; gritaré la verdad, ya que con ella has venido á abofetearme. ¿Qué importa que haya joyas si no hay casa? ¿No sabes que estamos arruinados completamente? ¿Que mi padre viaja huyendo de sus acreedores? ¿No comprendes que el tiempo de Castro Real pasó?

COND.ª Tu serenidad, en este caso, me horroriza.

JAV. Lo que te horroriza es que no digo cosa que no sea cierta. Has vivido en tu rincón, for-

jándote el mundo á tu capricho, creyendo que podías detener la marcha de los tiempos, y entre tanto la sociedad cambiaba, sus exigencias se hacían devoradoras, el lujo se convertía en necesidad, y nosotros teníamos más pergaminos que dinero.. Y mi padre negoció, y yo jugué... Ahí tienes, ahí tienes lo que ha sucedido.

COND.ª ¡Ahí tienes cómo enlodásteis el nombre!

JAV. ¿Y qué es ya el nombre? ¿Qué somos ya, qué significamos ya? Nos han quitado nuestros privilegios, han destruído nuestras fortunas al dividirlas... Ya no hay guerras gloriosas en qué señalarse... Solo nos toma por lo serio un don Venancio...

COND.ª Todo el mundo toma por lo serio al que se respeta á sí mismo. ¿Qué estás diciendo? ¿No nos toman por lo serio esas sociedades nuevas que ofrecen oro por el vino añejo de nuestros nombres? Todo pende de nosotros, de la dignidad de nuestros actos. ¡Oh, Javier! ¡Por Dios, piénsalo! ¡Hay tiempo aún! ¡No te reclamo esa pedrería! Hasta olvidaré el modo... que has tenido... de.. de recogerla... pero... vuelve en tí, tienes pocos años, mucha vida delante... Yo estoy al cabo de la mía...

JAV. ¡Quién sabe cuál de nosotros andará más cerca del término!

COND.ª (Aparte.) ¡Se refiere al lance! ¡Es cierto! ¡Y si le matasen! ¡Si le sobreviviese yo!

JAV. ¡Madrina mía! ¡Tú, que representas á mi madre, porque no la tengo, dame un abrazo y vete! El abrazo querrá decir que me perdonas el daño que me hice... á mí mismo; ¡el que te hice á tí, no necesito pedir que me lo perdones, porque estaba perdonado! No te habré obedecido; no habré realizado el tipo que tú soñabas para el heredero de Castro Real... pero te respeto allá dentro más de lo que yo mismo creía... y

mira, en este instante, siento no haber vivido desde niño á la sombra de tus faldas...

COND.ª (Afligida.) Vente, hijo mío, salgamos esta misma noche para Castro Real; verás cómo se van de tu cabeza los malos pensamientos... Vente; así... no correrá peligro tu vida.

JAV. ¿No hablabas de honor y de nombre hace un instante?

COND.ª ¿Es honor batirse por una mujer á quien puedo yo echar de tu casa, sin que tú salgas también dándola el brazo?

JAV. Las leyes del mundo son tales, que no habrá pulgada más de hierro ni onza más de plomo por ella que habría por ti ó por mi hermana.

COND.ª No te batirás por un motivo tan vil. ¡Yo lo impediré!

JAV. No sé como vas á impedirlo... Es decir, si... tienes un medio... Llamar á mi adversario, Julio Ambas Castillas, y enterarle de que he cometido una acción vergonzosa y no puedo cruzar mi hierro con el suyo... Hazlo si quieres...

COND.ª ¡Antes me delataría yo y sufriría la condena! Lo que haré será lo contrario. Una donación, firmada, de esas joyas, á tu nombre. ¡Y tu castigo, en manos de Dios! (Se arroja sobre el diván, llorando.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La escena representa el patio del Pazo de Castro Real. El Pazo forma el fondo de la decoración en ángulo. A la izquierda, un emparrado, un banco, una mesa de piedra y debajo del emparrado, una puerta lateral. A la derecha, la portalada practicable, y en segundo término, las casas de los caseros, muy bajas y pequeñas. Al fondo, otra puerta, también practicable, que se supone comunica con las cocinas. El banco tiene en escusón los tortillos ó roeles de Castro y las quinas de Portugal. Hora, la tarde; en las últimas escenas del acto empezará á anochecer, pero sin que oscurezca completamente.

ESCENA PRIMERA

La CONDESA, sentada en el banco, haciendo labor; DON VENANCIO; la TÍA SABIDORA. La Condesa viste muy modestamente, casi humildemente, de lana negra, con cuello blanco.

SAB. Sabidora, ya me lo has contado tres veces; y aunque me lo cuentes cuatro, no lo puedo remediar.

SAB. Señora mi ama, paloma, ¿y si ucencia no puede, quién poderá en este mundo? El préstimo no es tan crecido, mi señora; veinte pesos... Y yo, sin otra vaca para el sitio de la que murió de la envidia, no me valgo.

COND.ª Sabidora, no todos los tiempos son iguales.

De sobra sabéis en la aldea que siempre os he prestado sin réditos, y dado, que es más, cuando habéis tenido desgracias. Pero la casa de Castro ya no es lo que fué. ¡La casa de Castro ha bajado mucho, Sabidora!

SAB. Señora mi ama... eso bien se lo anuncié yo á don Venancio, el año pasado por Nadal, que él no dirá menos sino que es la verdá como que habemos de morir, y por cierto que me regañó, diciendo que era pecado anunciar lo que vá á suceder, que sólo Dios Nuestro Señor lo sabe.

VEN. Cierto, Sabidora; usted me contó no se cuántos disparates que había soñado...

SAB. Pero, santiño, si no hubo soñar ninguno; si fué que, saliendo yo de la cocina, por esa puerta, á la media noche, víspera del Aninovo, que habíamos estado cantando las canciones, sobre la misma parede del portal ahí conforme señalo, me veo una sombra muy grande, muy negra..

VEN. Algún gato.

COND.ª Algún zorro.

SAB. No, señora mi ama. ¡Así me salve el Señor! ¡Era, con perdón de ucencia, una cosa del otro mundo! ¡Y conforme yo me vuelvo hacia el Pazo para llamar que me acudiesen, la sombra se desapareció, dando un quejido muy triste! Y entonces pensé dentro de mí: «¡Santiago nos valga, que hay mal en la casa de mis señores!» ¡Y ya ve si hay mal! ¡La casa venida á menos! ¡El señorito tan enfermo, malpocado!

COND.ª (Como á pesar suyo.) ¿Y has vuelto á ver esa sombra, Sabidora?

SAB. Señora mi ama, tan verdá como la tierra me ha de comer, anoche también la ví. En el mismo sitio, señora mi ama.

VEN. (Colérico.) Lárguese, bruja, que va teniendo demasiada afición al aguardiente, y ve visiones.

COND.ª No cuentes por ahí todo eso... Hasta es ofender á Dios... Si puedo, te daré, no veinte duros, pero sí un socorro, para mercar otra vaca.

SAB. ¡El Señor la regale; viva cuanto desee! ¡Santa Minia arredre de esta casa todo daño! (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos la SABIDORA

COND.ª Don Venancio, ya lo ve usted... ¿No podría haber visos de verdad en lo que esta mujer cuenta?... ¡Javier está tan malito!

VEN. Y usía, señora Condesa, ¿va á dar crédito á semejante borracha? Como la llaman la Sabidora, y les echa las cartas, y les saca los cuartos, está en que profetiza. No, pues si llego yo á ser el párroco, la hago hacer penitencia pública, por embustera. Disciplinazos es lo que necesita.

COND.ª Desde que tantas penas han caído sobre mí, no discurro como antes... Mi cabeza se ha debilitado. Lo que hace dos años me haría reir, ahora me hace cavilar... Que el mal está en nuestra casa, eso no hace falta ser Sabidora para verlo... Dios me ha castigado

VEN. ¿Castigar? ¿Y de qué, señora Condesa?

COND.ª Ha castigado mi orgullo, el haberme complacido tanto y tanto en el nombre de Castro Real...

VEN. Eso no era de castigar; tenía muchísima razón en estar orgullosa; que otra casa tan antigua y de tanto respeto como la suya no la hay en las cuatro provincias. ¡Y aunque se quede pobre, más pobre que las arañas, la casa no deja de ser la casa, y la señora Condesa la señora Condesa, y los Castro Real una sangre que viene de reyes y de caballeros muy altos! ¡No parece sino que un

usurero como ese de Barcelos, que la rabia lo coma, que nos ha comprado nuestras vides de la Alumiada, por muchos miles de pesos que junte, será nunca para descalzar á un Castro! ¡Mal bicho les entre á las viñas y á él!

COND.ª Don Venancio, ya no hay que pensar así... A mí se me han abierto los ojos con mis desgracias. También yo creí que un Castro Real era diferente de quien no hubiese nacido Castro Real. Y ahora conozco que cometía un pecado, y además, un grave error. Todos somos del mismo barro, todos iguales. Nuestra religión, don Venancio, no distingue, y nos manda que no distingamos á los hombres sino por sus hechos, por su virtud. Esa es la fija... Si un Castro Real comete bajezas...

VEN. Aunque las cometa, es un señor.

COND.ª Por ser señor parecen más feas en él. La bajeza está en nosotros y no en la cuna. ¡Don Venancio, ni que fuese usted hijo de algún príncipe!

VEN. He recibido las órdenes y sirvo á la casa de Castro. De esto me precio. Y de distinguir de personas también.

ESCENA III

DICHOS, RAMIRO el arriero.

RAMIRO (Entrando.) A las buenas tardes, mi señora. Aquí venimos como todos los años, por el vino de la cosecha. Antes que otro arriero, está Remiro, y espero que me favoreza, según es costumbre. ¿Puedo contar con lo que se vendimia en Castro Real, y me recibe usía en señal esta onza de oro?

COND.ª Ramiro, este año no es como los otros años... Poco vino le queda á la casa que pisar y

que vender. La mayor y la mejor parte de las viñas ya no me pertenece... La Alumiada se ha vendido.

RAMIRO Señora Condesa, por eso no deje de admitir la señal. La voluntá de usía y la de éste su criado, iguales están, y el vino será mucho ó poco, y de eso ni usía ni yo tenemos culpa, y Dios se lo aumente y nos dé vida para vendere y comprare... Y ahí le dejo la onza, que el año que viene otra parecerá.

COND.ª Siendo poco el vino, la señal no necesita ser...

RAMIRO Señora, no me avergüence la cara desairándome, que buen trabajo me ha costado encontrar la onza. Fué preciso mandar por ella á Oporto, porque las onzas acabáronse. Pero, como es un costumbre tan antiguo que la señal del trato con los señores de Castro sea la onza de oro, y así lo hizo mi padre, y así mi abuelo con el padre y el abuelo de usía, yo no he de ser menos, no he de traer plata.

COND.ª Gracias, Ramiro; más crianza tienes tú que muchos señores... Dame la mano.

RAMIRO Mi señora, estimo el favor... pero las manos están estragadas de trabajar, y ahuelen al mosto y á la cuadra de las mulas... Perdonando usía, no le doy la mano. A la reverencia de usía... (Vase.)

ESCENA IV

CONDESA y DON VENANCIO

COND.ª ¿Creerá usted que me he afectado? Verdad que se afecta uno por todo. Tantos años vendiéndole la cosecha á este buen hombre... Este hombre, don Venancio, es un caballero.

VEN. ¡Qué ha de ser! Es el tratante de la Guirada, y su mujer tiene taberna.

COND.ª ¡Vaya una noticia! Lo que yo quiero decir es que, por sus sentimientos, es un caballero cumplido... Y no hay otros, don Venancio. *En cualquier profesión, en cualquier *oficio, el achaque de la caballería sale de *dentro, y no hay quien lo pueda conferir *por esos pergaminos que tan entusiasmado *le traen á usted.*

VEN. Pero señora, un arriero, por más que usía se empeñe..

COND.ª ¡Un arriero! ¡Qué importa! Las cualidades están en el alma; si otra cosa dije algún día, me arrepiento. Era humo que yo tenía metido en los sesos... (Cambiando de tono.) ¿Está Celina al cuidado de Javier?

VEN. Sí, señora... ¡Digo! Ahora mismo viene hacia aquí la señorita. Voy yo allá... (Se dirige hacia la casa.)

ESCENA V

DICHOS y CELINA por la puerta lateral de la izquierda.

COND.ª ¿Cómo dejas á nuestro enfermo? Allá voy yo, para que no esté solo.

CEL. Queda durmiendo tranquilamente... Manuela cose en la antesala, por si llamase.

COND.ª *Me alegro de que él repose y de que tú to*mes el aire un momento.* Estás paliducha... Debes de encontrarte muy cansada... ¡Una asistencia como esta! ¡Cinco meses ya, entre la vida y la muerte!

CEL. ¡Pobre hermano mío! Ayer, qué día tan malo pasó. Hoy parece un poco más aliviado.

COND.ª ¡Ojalá!

CEL. Yo creo que, en la edad de Javier, por grave que sea su estado, podría sanar... si qui-

siese. Lo malo es que á mí se me figura... que no siempre quiere.

COND.ª (Sobresaltada.) ¿Por qué dices eso?

CEL. No sé... Una idea mía... ¡Dice palabras de un desaliento tan profundo! Cuando habla de la herida que recibió en aquel lance con su amigo Julio, lamenta que no haya sido mortal.

COND.ª (Aparte.) Así debía ser... ¡Cómo ha de amar la vida! ¡Lleva el peso de una vergüenza demasiado grande! (Alto.) Celina, hija mía, es preciso animar, tranquilizar á tu hermano... ¡Que sane, que viva!

CEL. (Pensativa.) Sí, madrina, viva él... pero vivamos también los demás, que todos tenemos nuestras aspiraciones. (Pausa.) A Javier, si cura, siempre le queda el recurso de un brillante casamiento; puede elegir á su gusto... Las mujeres no elegimos, y yo, si en este rincón del mundo soy elegida, será por alguien á quien no podré sufrir. Lo único que espera una señorita pobre, es morir soltera ó aceptar al que llegue, aunque sea el usurero de Barcelos, que me ronda. No tenemos otro recurso, y yo... á la verdad...

COND.ª Hija mía, permíteme que te lo diga: es temprano para afanarse por lo venidero.

CEL. No, mamá madrina... No es ni temprano ni tarde... Es hora. Allá en Madrid te dije que hoy no hay muchachas, no hay imprevisión, el juicio madruga... He visto, he comprendido la diferencia que existe entre nuestra condición y la de nuestros padres y hermanos. Si yo hubiese sido el varón en la casa de Castro Real, acaso no se vería como se ve. Mi padre fugado, mi hermano moribundo, el caudal en ruina, mi madrastra... no sabemos cómo... De esto, no tengo yo responsabilidad... Esto no hubiese sido, no, mi obra.

COND.ª Ha sido la voluntad de Dios.

CEL. Dios ayuda al que se ayuda. He resuelto ayudarme.

COND.ª ¿Y... cómo? ¿Qué proyectos son los tuyos?

CEL. Tengo una voz que dicen que es regular. El arte es una de las pocas profesiones permitidas á las mujeres... He escrito, sobre este asunto, á Ramirez Duarte... (Movimiento de la Condesa al oir el nombre.) y me ha conseguido una pensioncita, con la cual viviré en Milán modestísimamente, completando mis estudios y preparándome para la escena... Ahí tienes... No puedo evitar decírtelo.

COND.ª ¡Para la escena!... ¡Para la escena!... ¡Tú! (Se cubre al rostro con las manos.)

CEL. (Acariciándola.) Yo, sí, yo, Celina de Castro Real; la misma... Y pide á Dios que sea verdad que tengo facultades, que tengo algo de artista, que puedo seguir esa carrera...

COND.ª El nombre de Castro Real rodará en carteles, en teatros...

CEL. Por no causarte más penas, tomaré distinto nombre, y bajo ese nombre me ganaré... no sé si la vida... ó además la gloria y la fortuna... Pero conste, que por tí lo hago. No me avergüenzo de trabajar, de luchar; eso no es desdoro. Yo no creeré que por mi resolución, venga la decadencia de la casa. No ha sido el trabajo, madrina, lo que nos ha perdido... No, no ha sido el trabajo.

COND.ª Ha sido el olvido de nuestro deber, de nuestra dignidad... Ha sido el apetito desordenado de lujo... Pero yo también tuve mis vanidades, y estoy arrepentida... Vé, hija mía, sigue el camino en que pones tu esperanza... Ayer hubiese tratado de impedirlo; hoy... las convicciones que me sostuvieron toda la vida se derrumban... Lo que tú haces es mejor que lo que tal vez hace Gerarda... Ella me prometió espontáneamente vivir á mi lado... y allá está, y... ni aun quiero conjeturar cómo vive la esposa de mi hijo... (Tomando

la mano á Celina.) Vas á entrar en una carrera peligrosa... Olvida todo lo que fuiste cuando realices tu trabajo... pero, terminada la labor... ¡ah! entonces, hija mía... acuérdate...

CEL. No tengas miedo.

COND.ª ¡Celina! (La besa con ternura.)

ESCENA VI

DICHAS, DON VENANCIO y JAVIER

JAV. Un pinito... ¿eh? Un pinito... Hoy que no me han dado los ahogos que me dieron ayer... me parece que puedo... (Le acomodan en el sillón que ocupaba la Condesa, y le ponen detrás de la cabeza un almohadón que Manuela trae.)

COND.ª (A Manuela.) Aprovecha el momento para arreglar su cuarto... (A Javier.) ¿Cómo te sientes, hijo mío?

JAV. Algo mejor. Sin tanta opresión... Mejor, sí.

VEN. ¡Si está con una cara más buena! Mientras la señora le hace compañía, voy á atender á los vendimiadores, y vuelvo en un santiamén. (Sale por la portalada.)

COND.ª Con este magnífico tiempo, vas á mejorarte... Verás cómo empiezas á pasear algo...

JAV. (Tristemente.) Los paseos que yo dé... ¿Crees que me ilusiono? Es cuestión de tiempo... de muy corto tiempo.

COND.ª No disparates, Javier. ¡A tu edad! ¡La naturaleza ofrece tantos recursos! Y nuestra Virgen de la Ermida también ha de oirnos...

JAV. (Confidencialmente.) Y... ¿es posible que no te hayas convencido de que yo... no debo sanar?

COND.ª ¡Javier! ¿Por qué? ¿Por qué me dices eso?

JAV. ¡Como si no lo supieses de sobra!

COND.ª Si lo supiese, lo habría olvidado. ¡Silencio!... Cálmate... No hables de eso... Te prohibo hablar...

JAV. Déjame, déjame, si me sirve de desahogo... ¿No reconoces que es mejor, infinitamente mejor, que yo no recobre la salud? ¿Crees que si sano seré mejor que fuí? ¡No lo creas! Sería exactamente lo mismo... Llevo *eso* en la sangre.. Llevo todo el vicio de mi época en el alma.

COND.ª No digas tal; te estás calumniando, hijo mío. Si algo hiciste... iba á decir algo indigno de un Castro Real... pero no, algo indigno de cualquier hombre honrado... bórralo, bórralo con tu conducta, con tu firmeza para vivir bien... Toda falta puede borrarse... Yo te he perdonado... Lo anterior á tu herida, olvídalo...

JAV. ¿Olvidar? Aunque yo lo olvidase, ¡lo recordarías tú! ¡Vaya si lo recordarías! ¡No me lo niegues! Sería contra tu voluntad... pero, ¡acordarte! ¡Eternamente! ¿Crees que no te conozco? Tu alma es derecha, tú no has faltado.. El que no falta, no olvida.

COND.ª ¡Javier mío! Sólo entrañas tengo para tí... ¿lo oyes? ¡Sólo entrañas! ¡Vive, es mi único afán!

JAV. No es posible... Tú me desprecias... en lo hondo... pero me desprecias... ¡Cómo has de olvidar tú por quién me batí! Ahí tienes... Si hubiese recibido la herida defendiendo á la patria... tú la besarías. ¡Pero esto!...

COND.ª Te beso como cuando eras niño. ¿No sientes en el calor de este beso, el amor de madre, que no pone condiciones? Javier... prométeme, prométeme que vivirás... Dios perdona... Pero mira, si Dios no perdonase, creo que las madres seríamos capaces de enseñarle el perdón.

JAV. ¡Es verdad! ¡Lo siento, me has perdonado! ¡Gracias, madre, gracias!

ESCENA VIII

DICHOS, DON VENANCIO, por la portalada.

VEN. Queda dispuesto el trabajo de los vendimiadores... Al señorito, ¿qué tal le ha aprovechado tomar el aire?

COND.ª Bien... ¿Verdad que tiene la cara más alegre, un color mejor que cuando se sentó ahí? Si pudiese resolverse á tomar algún alimento sano y sustancioso... ¿Le lo traigo, hijo mío? Sí, ahora que queda contigo don Venancio acompañándote, voy á prepararte y á servirte yo misma una buena taza de sustancia de carne. (Javier hace débiles signos negativos. La Condesa no le atiende, y sale por el fondo.)

ESCENA IX

JAVIER. DON VENANCIO

JAV. Dejarla... Si con eso se consuela.

VEN. Coma el señorito, coma; que por comer no le ha venido nunca mal á nadie.

JAV. Pero, santo varón, ¿es posible que tampoco usted, cegado por el cariño que me tiene, comprenda?... No sanaré... Lo sé de cierto... Lo han dicho los médicos de Madrid llamados en el primer instante de mi grave herida... Sería el sanar yo uno de esos casos extraordinarios... Puedo recobrar, y la he recobrado varias veces, una apariencia de salud, pero, á la hora menos pensada, se rompe aquí dentro el depósito que se ha formado al cicatrizar en falso la herida, ¡y entonces... entonces!

VEN. ¡Señorito, no haga caso de los médicos! ¿Qué saben ellos de lo que pasa dentro? ¿Qué sa-

ben ellos del día ni de la hora? Hay otra sabiduría por encima de su ciencia y otra voluntad por encima de sus fallos... Espere muy firmemente en ella, que yo sé que puede darle salud y volverle tan alegre, tan robusto como antes. ¡Créalo, señorito, si Dios quiere curarle, con tanto como se lo estamos pidiendo la señora Condesa y yo, y todos, le cura! ¡Los médicos! ¡Ríase de los médicos! Yo estaba desahuciado de chiquillo... ¡y aquí me tiene tan campante!

JAV. (Reanimándose gradualmente.) Mire usted que si yo sano, menudo chasco para los señores doctores. ¡Qué plancha la suya!

VEN. Pero, señorito, si apuesto lo que no tengo, á que así es. (Mintiendo con aplomo al observar la animación de Javier.) Si hasta las hechiceras y las brujas le anuncian salud... Esta mañana, la Sabidora...

JAV. Pues esa no profetiza sino desastres.

VEN. Pues esa misma anunció que, dentro de un mes, por su pie andará el señorito.

JAV. (Con mayor alegría.) ¡Por mi piel ¡Andar! ¡Ir á las viñas! ¡Cazar codornices!

VEN. (Encantado.) ¡Y perdices! ¡Y que las hay este año á bandadas! Yo no sé tirar, pero llevaré la escopeta por adorno.. ¡Si viese, señorito! El perro se ríe de mí.. El perro me hace burla... Como vió que una vez que tiré no maté nada, ya no quiere ir conmigo.

JAV. (Riendo, muy alborozado.) ¿Conque el perro? ¡Qué gracioso! Conmigo querrá... Iremos, iremos al monte y cazaremos mucho... cuando yo... cuando mis piernas... (Intenta levantarse. Se detiene y se lleva las manos á la garganta.) ¡Ah! ¡Socorro! ¡Madre! ¡Me asfi...! (No puede continuar.)

VEN. (Aterrado.) ¿Qué le pasa? ¡Señorito! (Con terror.) ¿Será? Virgen de la Ermida... ¡señorito querido! ¡Javieritol (Toca el cuerpo de Javier.) ¡Si parece que...! ¡No, no puede ser!

ESCENA X

MANUELA, CELINA por el fondo; JAVIER y DON VENANCIO

VEN. ¡Manuela! ¡Señorita Celina! ¡Ayúdenme á llevarme á casa al señorito Javier!

CEL. ¿Qué tiene?

MAN. ¿Está peor?

VEN. No sé... Hablaba conmigo, tan contento, bromeando... Quería salir de caza... Y de pronto...

CEL. ¡Hermano mío! ¡Un ataque! ¡Don Venancio, si parece que no respira! (A Manuela.) Volando, á Cebre, por el médico...

VEN. (Al oído de Manuela.) Volando, por si alcanzasen, a la parroquia por los Santos Sacramentos.. (Don Venancio y Celina levantan á Javier; éste se reanima un instante, y sostenido por los dos va trabajosamente hasta la puerta de la izquierda.—A Celina.) Que no se entere la señora Condesa. (Entran en la casa por la izquierda. A Javier.) Animo, señorito... Un esfuerzo...

ESCENA XI

LA CONDESA, por la puerta del fondo; trae en la mano una taza que deposita en la mesa de piedra. Mira alrededor.

COND.ª ¿Qué es esto? ¿Se han marchado? Lo fresco de la tardecita molestaría al enfermo.. ¡Manuela, Manuela! ¡Don Venancio!

VEN. (Saliendo por la puerta de la izquierda, desencajado, aterrado.) Señora... Mi señora...

COND. ¿Qué pasa? ¿Qué tiene Javier? ¿Por qué se ha retirado?

VEN. Señora... El señorito estaba de tan buen humor... Hasta quería andar... Y de pronto... Un desmayo... (Vuelve adentro.)

COND.ª Allá voy.. (Quiere entrar.)

CEL. (Saliendo.) No entres, madrina mía... No entres...

COND.ª (Mirando fijamente á Celina é interrogándola en un grito.) ¿Es?..

CEL. (Arrojándose en brazos de la Condesa.) ¡Sí! (Lloran abrazadas un momento.)

COND.ª ¡Hijo mío! ¡Desdichado hijo mío! Quiero verle..

CEL. No... después le verás... Aguarda...

ESCENA XII

GERARDA, en traje de viaje muy sencillo, por la puerta de la portalada; trae á su niño de la mano. Detrás de ella una niñera ó miss, que se queda en segundo término.

GER. (Alegremente.) ¡Madre mía, aquí estoy! ¿No te había dicho que vendría? Aquí estoy... Perdóname que venga así, sin avisarte. Dejo arreglados mis asuntos, asegurada una pequeña fortuna á mi niño... Todo como lo hubieses hecho tú misma... Y vengo á no separarme nunca de tí... ¿Qué pensabas? Pero, ¿qué sucede aquí? ¿Qué tenéis?

CEL. (Tristemente.) Javier... ya sabes... ya sabes lo enfermo que quedó después de...

GER. Y.. (Celina hace un gesto de dolor, señalando hacia la Condesa que llora.—Respetuosamente.) Madre mía... seremos dos á llorarle... Yo no me separaré de tí nunca... No soy de tu sangre, pero soy de tu alma...

COND.ª (Abrazándola.) Hija mía .. la mejor sangre que hay aquí es la tuya...

GER. (Cogiendo en brazos á Baby y presentándoselo á la Condesa.) Aquí tienes al sucesor de la casa.

FIN DE LA COMEDIA